

RELATOS PARA DESPUÉS DE LA ERA DORADA:

EL CEBO.

De Sáinz-Rozas

El agua, mal filtrada por los sistemas de acondicionamiento, goteaba desde las cañerías al suelo, y por efecto de las pisadas de los transeúntes y el polvo que siempre cae del espacio exterior, se había convertido en un cremoso barrillo en el que ahora chapoteaba Crispo Crum. Era éste un jovencuelo apenas barbado y de aspecto inconformista, con ropajes de cuero muy al gusto de los habitantes de los subniveles de edificación más recónditos. Y por uno de ellos, y sin la ayuda de aceras rodantes, caminaba Crispo Crum. Las apagadas ráfagas de luz de los pomos de la iluminación adelantaban o retrasaban, al ritmo de sus pasos, las múltiples sombras que le nacían de los pies.

Cientos de metros sobre su cabeza, el tejido arquitectónico se enmarañaba como una gruesa capa de edificios que la superficie de Thubán hubiera adsorbido. Pero aún había algunos niveles más abajo y finalmente, profundamente enterradas en la entraña de la tierra, estaban las cloacas y sus olvidados habitantes, de quien el Uno tenga piedad.

Raramente la Cridenpol —la policía de crédito e identidad— descendía a niveles tan profundos en busca de presas, de ciudadanos sin un céntimo para justificar su bonhomía política. Y por este motivo, Crispo Crum paseaba completamente despreocupado. Era un joven que se preciaba de tener las ideas muy claras. Secretamente estaba afiliado a la causa republicana, y si bien no era este una afán para anunciar a los cuatro vientos, a veces, cuando creía encontrarse entre gentes seguras, gustaba de presumir de su adscripción. Porque Crispo Crum, ciudadano imperial su pesar, era a más de republicano un romántico incurable. Un joven armado de lo que creía una verdad.

Aquel bar gozaba de una discreción notable. Su clientela, principalmente jóvenes aficionados a la política subversiva, era del agrado de Crispo Crum. Se servían zumos de frutas exóticas mezclados con drogas recién diseñadas, había también vinos espumosos y cerveza de aceptable calidad. Todo lo suficientemente bueno para un subnivel de edificación tan bajo. Crispo pasó por delante de la obligatoria máquina cridenhaz que le identificaría. Dentro, aparatos tresdé proyectaban imágenes holográficas que llenaban el espacio de figuras aparentemente tan sólidas como la vida misma. Pero no era así porque Crispo pasó a través de los gigantescos labios de negra como si nada. Sin embargo, aquellos labios carnosos de un rojo intenso, se movían bajo el influjo de un violín invisible pero afilado mientras cantaban:

"Gracias amor, sé que tú también crees que los sueños son la única realidad"...

Crispo alcanzó un cojín flotante Za y una vez que se arrellanó y tuvo cerca de sí todas las posibilidades sólidas, líquidas y gaseosas que ofrecía el garito, contempló con gusto a los parroquianos. Algunas parejas, bajo el arrobamiento de las drogas psi, permanecían al parecer dormidas, acostadas muy cerca mientras sus manos se tocaban suavemente con la ternura de aquellos que se encuentran muy dentro del cerebro de sus amantes. Aquí y allá,

flotando ingrávidos, los pomos de luz esparcían los detalles visibles de la camaradería que reinaba en el bar. Había quienes disponiendo de argumentos preferían hablar. ¡La República! ¡El auge del proletariado externo! ¡La periferia amenazando Thubán! Estas eran las nuevas para analizar. Empero, Crispo no se unió a los conspiradores, tomó una cerveza tibia y bebió a sorbos lentos, pues andando escaso de crédito, la bebida debería durarle toda la velada. Fue por casualidad al volver la vista, cuando la vio. Se encontraba sola y parecía ensimismada en el tresdé. Era muy alta, delgada, construida a tiras lisas pero nerviosas, tenía el vientre plano y los muslos fuertes, el rostro estilizado y las manos largas, muy largas, terminadas en unas uñas rojas, rectas y fuertes. Al saberse observada sonrió sin desconfianza. Tenía la cabellera pintada de malva. Brillaron sus dientes reflejando el esmalte.

Crispo se acercó.

—Debo presentarme quizá —dijo sentándose a su lado—. Yo soy Crispo Crum, ciudadano thubaní, defensor de la libertad y amante de las artes.

Ella inclinó la cabeza y sonriente se presentó a sí misma como una desconocida sin deseos de notoriedad. Pero al decir esto hizo que su vestido se transparentara completamente. Debajo resaltaba su carne bronceada.

—Me gusta que me vean tal como soy —explicó.

Crispo se estremeció repentinamente. ¡Isa le asistiera! ¡Qué perfección de líneas!

..."Son haleine fait la musique,

Comme sa voix fait le parfum!"

Y esta recitación de un poeta maldito en boca de Crispo hizo del momento un acontecimiento artístico, pues ella, halagada, se relajó y le besó en las mejillas.

—¡Eres asombrosamente bella! —musitó.

—Gracias...

El le rogó una historia, la de su vida si tenía a bien contarla. La mujer se expresó con voz pausada y cremosa:

—Estoy aquí de paso, no tengo mucho que contar... No soy thubaní sino que nací en la periferia, en un lejano planeta que quizá ni siquiera hayas oído nombrar.

—¿Pero qué te ha traído a este perdido subnivel?

—¡Oh, sólo la curiosidad!

—Maravillosa curiosidad que me ha permitido conocerte...

Y hablaron durante largo rato de sus creencias y aficiones.

—Yo... —decía Crispo—, soy un hombre libre, es cierto que tengo la palma de la mano derecha registrada en un banco criden, pero mi crédito hace tiempo que está por debajo del mínimo que marca la Ley. ¡Creo que me buscan! —confesó—. Te diré también que pertenezco a la causa republicana. Soy uno de los hombres que devolverá a este planeta su identidad perdida: ¡La democracia de los groor!

La muchacha le escuchaba con atención, luego le miró a los ojos directamente.

—Me gustaría imaginar contigo... —musitó.

—Sí, te llevaré a mi apartamento —confirmó Crispo sintiéndose el thubaní más afortunado del planeta.

Cuando se disponían a salir, una máquina viva se les acercó lenta y sinuosa. Era una máquina muy hermosa. Sus pechos desnudos se agitaron ligeramente cuando entreabriendo sus labios dijo:

—Ponga su mano en mi corazón, señor.

Crispo Crum podía haberlo hecho, aún tenía el criden suficiente para abonar tan escasa cuenta, bastaba con que acariciase con su palma el seno de la máquina. A cambio, además de cumplir con la ley que obliga a pagar cualquier producto, la máquina le recompensaría con una sensación placentera subliminal. Pero Crispo odiaba que su crédito fuera su identificación, que la máquina viva, tan hermosa, fuera en realidad una registradora telemática, y su propia palma una tarjeta criden. Ciertamente que odiaba todo eso. Sin embargo, no fue ese únicamente el detonante de su acto. Fue la mágica presencia a su lado de la muchacha.

—¡Por todos los falsos dioses y por los verdaderos! gritó—. ¡Yo soy un republicano y me orino en el criden imperial! ¡Soy un groor! ¡Un ciudadano de Thubán! ¡Largo de aquí estúpido montón de células! —y de un empujón derribó a la máquina, quién, violentada, se encogió en el suelo.

—Señor... —gimió.

—Ahora vendrá la cridenpol —le advirtieron los presentes—. Debéis marchar, ella te habrá registrado.

Corrieron durante un trecho, mientras el barro cerúleo del pavimento salpicaba sus flexibles botas. Ella corría con gran estilo, a zancadas atléticas.

—Debes perdonarme la carrera —se disculpó Crispo—. Mi aerovehículo hace tiempo que no recibe energía, hube de abandonarlo. ¡Bah! La República traerá otro estado de cosas. ¡Iremos por la cinta transportadora!

—¡Qué emocionante! —contestó ella—. Atravesar todos los niveles como si fuéramos simples protegidos.

—¡Protegidos! —masculló Crispo con desprecio—. ¡Protegidos de la Ley!

Sin dejarse impresionar por el gigantesco escenario, la cinta atravesaba, como un cuchillo una naranja, todos

los niveles del planeta-ciudad, Crispo dijo:

—Mi apartamento no está lejos. Tengo buenas píldoras psi —y se frotó las manos pensando en lo bien que lo iban pasar imaginando—. Además..., esto te lo confieso como un secreto, poseo un aparato tresdé de canal libre. ¡Te imaginas! ¡Conectado a una emisión marginal! ¡Ni un solo mensaje subliminal! ¡Una máquina que sólo recibe! No pueden registrar nada de lo que imaginemos. ¿Estamos bien organizados los republicanos?, ¿eh?

—¡Qué bien! —se regocijó ella.

—¡Ya sé! Organizaremos una sesión mental. Estoy abonado a una red clandestina. Nos gusta enloquecer juntos. Oscurecer nuestros cerebros iluminando sólo los sentidos. Imaginar así es... ¡muy conspirativo!

—¡Oh! Ardo en deseos de llegar a tu apartamento, me tiemblan las piernas de la excitación.

Crispo Crum la miró con devoción y se sintió muy feliz. Últimamente no lo era mucho. La República no acababa de llegar y la Cridenpol atrapaba diariamente a ciudadanos desafectos exiliándolos a planetoides prisión-sumidero.

Esta noche era diferente, el hecho de estar acompañado de una mujer tan joven y comprensiva le reconfortaba grandemente. Soplaría bajo los intersticios de su subconsciente y con su experimentada ayuda se los amplificaría para imaginar destellos de amor y bienestar y alejar así de sus mentes la depresión urbana y la histeria planetaria. Correrían libres por las praderas estelares sin salir de su apartamento.

Al abrir la puerta, varios gatos salieron a recibirles, gastos peludos y grandes. Se dejaron acariciar por la muchacha hasta que el ratón mecánico que los mantenía en forma se activó y los gatos salieron a la carrera. Aquellos gatos eran el único lujo de Crispo Crum. No era un apartamento muy grande, un simple domo de tres estancias: cocina terminal, dormitorio relax y taller.

—Pronto deberé abandonarlo —se dolió—. El ayuntamiento me desposeerá. Hace tiempo que me desconecté de la red vecinal.

Entraron en el dormitorio, tapices y cojines Za flotaban en desorden faltos de programa, el pomo ingravido había caído al suelo y los cuadros tresdé apenas lucían sus animadas imágenes por falta de alimentación. Sólo una máquina fantapán —todo fantasía—, nuevecita y reluciente, alegraba el triste panorama. Un magnífico aparato dotado de amplificadores psi y otras exquisiteces capaces de meter en un sueño sonido e imágenes adyacentes de increíble realismo.

—Me gusta imaginar a gusto —explicó Crispo.

Crispo reprogramó el dormitorio, aventó los olores pasados, encendió los cuadros animados, esparció columnas de color y sacó de un frasco polvos que al chocar con las partículas de luz chisporroteaban como una bengala. Luego buscó las cápsulas psi, se desnudaron y tomando la droga se tumbaron uno junto a otro muy abrazados

mientras colocaban una mano en el asa de la máquina fantapán. El la besó: ¡Imaginemos!

El brazo de la muchacha se deslizó por el vientre de Crispo hasta sus genitales. Sus dedos nerviosos jugaron con el pene que, desparezándose, se enervó cuan fuerte era. Por todo su cuerpo sintió Crispo el influjo de la pasión de ella. La excitación le encogió hasta quedar reducido a un hombrecillo de un par de pulgadas. El cuerpo de la muchacha se le apareció como un océano moreno de carnes mullidas. A lo lejos sus senos orondos y tersos le esperaban anhelantes. Corrió por el vientre y llegado al pecho, se dejó caer por su blanda pendiente. Después sintió un deseo desesperado de conocer su intimidad y acuciado por la alucinación galopó desbocado hasta que sus pies se enredaron en la revuelta selva de su pubis. La piel húmeda le trastornó. El olor le subía por la nariz y le llegaba al fondo del cerebro. Separó cuidadosamente los labios blandos y encarnados, y sin pensarlo más se zambulló en la vulva húmeda de humores, roja de su sangre, erecta. Encontró el clítoris tan grande como un torso y lo abrazó y lo acarició hasta que sintió como ella se estremecía de placer, y como chorros de secreciones calientes le bañaban y hasta bebió de ellas, como leche cortada.

Entonces, la muchacha, recorrida por rachas y ventoleras incontenibles, le ordenó crecer y le rogó que se embruteciera como una bestia. Y Crispo, alegre, así lo hizo, convirtiéndose en un monstruoso protegido. Un hombre de los más bajos subniveles, tallado de roca viva, cuajado de pelos erectos y de cuyas ingles nacía un poderoso falo acerado, encendido de nervios de rojo sangre. Y la penetró mientras ella le pedía que lo hiciera sin melindres, que tomara en sus dedos sus senos y los amasara como miga de pan y que luego restregara contra su vientre su pecho peludo y rasposo. Y además, él, arañó su espalda y mordió su cuello a la par que los espasmos que les recorrían se fundían con sus intimidades más obscenas transmitiéndose bajos instintos retenidos. Y al salir limpios y fuertes los interiores se hicieron gozosos, claros de luz. Y Crispo pudo nadar dentro de las ideas de ella, cálidas y húmedas como su lengua de mermelada. La muchacha acarició el espinazo de Crispo, dándole una pasión parasimpática, entretanto olía, saboreaba, veía y sentía la cenestesia del amor.

Se dispersaron al éter miles de pensamientos amplificadas por las máquinas y las drogas, y dentro de ellos, precipitado por el amor, cristalizaba su entrega, la desnudez a que se habían sometido acariciando con calor cada uno de sus mejores, y aún los peores, pensamientos. Ella le pidió que compartiesen sus ideas otro rato, y él, entusiasmado todavía más, no sólo aceptó, sino que quiso agregar a la calma que gozaba otras pasiones más terrenales. Mas las razones que Crispo modulaba no fueron del todo aceptadas y sintió en su piel las ondas de este choque. A pesar de estar bañado por el pensamiento de la joven, no pudo enterarse de que parte de la personalidad de ella estaba blindada contra la imaginación y los juegos psi y que lo que creía haber conocido no era más que zonas de pensamiento virtual simuladoras del real.

Crispo sintió entonces frías sondas que se deslizaban por sus anfractuosidades cerebrales, avanzando lentamente, como un glaciar por el alto valle, arrastrando una morrena cargada de todos sus secretos pensamientos. Sus ambiciones políticas, sus contactos. Todos los actos subversivos de su joven vida, y los nombres de todos los republicanos que conocía.

Quiso gritar y no pudo hacerlo, ordenó a su mano soltar el asa de la máquina fantapán, pero la mano continuó fuertemente asida. Y mientras la mujer le engullía el cerebro como una devoradora ameba de sinapsis, Crispo Crum se sintió asaltado por la náusea al comprender que se encontraba atrapado por una agente mental de la Cridenpol. ¡Le habían pescado!

Al cabo, ella retiró su mano de la máquina fantapán y comenzó a vestirse. En su rostro no había una expresión definida. Crispo salió del trance sudoroso y confundido, le dolía la cabeza y un regusto de tragedia le embargaba.

—Debo darme por perdido —gimió dramático—. Me vaciaréis en un estante mientras me fabricáis un nuevo criden, el criden de un buen amante de la Ley. Tardé una vida en hacerme republicano... ¡Nunca pensé que imaginaría con una policía! Debí sospecharlo, eres un cebo para tipos como yo.

Desde la distancia, la muchacha se alisó las ropas y poniéndose firme dijo maquinalmente:

—Ciudadano Crispo Crum, quedas preso en nombre de la Ley Imperial. Es inútil que trates de escapar. Un vehículo de la Cridenpol viene ya en camino.

—¡Huiré a los sumideros! —dijo Crispo. Pero no se movió.

—Escasamente sobrevivirías. Allí sólo aguantan los más fuertes, tú no eres de esos.

—No encuentro una palabra lo suficientemente sucia para calificar tu oficio —dijo Crispo rabioso—. ¿Por qué lo haces?

—¡Vístete!

—¡Maldita policía! —gritó Crispo abalanzándose sobre ella.

Lucharon en el reducido espacio del dormitorio, derribaron los pocos muebles de Crispo, los adornos, los frascos de color y los cuadros animados. Parecía que Crispo iba a quedar irremediadamente reducido por la habilidad de la muchacha, cuando ésta se golpeó fuertemente en la cabeza contra la máquina fantapán. Quedó desmayada sobre el suelo.

La primera tentación de Crispo fue huir, ¿pero dónde?, ¿a quién pedir ayuda? Únicamente los sumideros, las gigantescas y profundas cloacas del planeta ciudad, ofrecían garantía contra la Ley. Sin embargo, se contaban cosas horribles de ellas, animales salvajes, ciegos y de piel blanca, acechando en cada conducto, hombres desesperados entregados al canibalismo, enfermedades horribles... Incluso valientes equipos de reporteros del tresdé habían desaparecido en su interior. Una unidad de infantes de la marina imperial enviada para proteger la reparación de una avería abandonó en masa sus puestos ante los horrores que vivieron.

—¡Pues bien! —se dijo—. Antes de terminar mis días en un planeta-prisión, donde enloqueceré, prefiero ser libre en el corazón del horror, y ella, la culpable, me acompañará.

Y armado de una fortísima decisión se cargó el cuerpo de la muchacha a la espalda y encorvado por su peso tomó el ascensor hasta la calle. Las aceras estaban vacías, pero aunque alguien le viera, fuera de la Cridenpol, a nadie le importaba un adarme semejantes trajines. Hubo de detenerse varias veces, la muchacha pesaba lo suyo. Debía apresurarse. Consultó un plano público. ¡Estaba de suerte! A poca distancia se encontraba la boca de un importante colector. Los últimos pasos los dio arrastrando el cuerpo por los pies. Descansó unos instantes para tomar fuerzas y levantar la pesada tapa de la alcantarilla. En ese momento ocurrieron varias cosas a la vez: la muchacha abrió los ojos, la tapa del colector fue forzada desde dentro, unas bestiales manos palparon el pavimento y un aerovehículo de la cridenpol descendió sobre la acera.

—¡Alto, deténgase! —ordenaron los policías.

El habitante de los sumideros había atrapado el tobillo de la muchacha todavía semiconsciente. Crispo se estremeció ante aquél ser. Tiraba de la mujer hacia las profundidades. Instintivamente, le pisó la descarnada mano con toda su fuerza. Su dueño la retiró y huyó. Ella tenía los ojos muy abiertos, había comprendido la escena. Llegaron los Cridenpol y le prendieron.

—Podías haberme dejado caer al colector —dijo ella.

—Sí, podía haberlo hecho. Y aunque tu cuerpo es engañoso y tu amor está prostituido, yo soy un republicano.
¡Un ciudadano de Thubán!

RELATOS PARA DESPUÉS DE LA ERA DORADA:

LA DECISIÓN.

De Sáinz-Rozas

Hoy, que imprecisa es la sensación del presente cuando se mece en el vacío, hoy, digo, las máquinas me han despertado. Tardé algún tiempo en reaccionar, no más del que ellas habían previsto, desabrida extrapolación esa, pues el lapso entre el sueño artificioso de la criogenización y mis primeras reacciones fue particularmente mío. Empero, mis cuidadores mecánicos me conocen tan bien o aún más que yo misma. Cualidad harta molesta por más que sea para mi seguridad, y para ella fueron creados todos los artefactos que me acompañan en mi largo viaje, y a riesgo de ser acusada de desagradecida, descortesía inaudita en mi soledad, confieso que el ronroneo que acunó mi despertar me resultó largamente enojoso. No es fácil ponerse a vivir después de un profundo sueño, frío y hermético como la muerte misma.

Vinieron a mí manos suaves y tibias, pero de textura plástica, fui enjabonada, enjugada y ungida de olorosos y frescos cosméticos. Mis miembros cogieron tono y la piel color, los tendones se hicieron flexibles, y mi lengua se bañó de la vida y pronunció su primera palabra tras muchos, muchos años de mudez. No me atrevería a afirmar que aquella fuera el reflejo del último pensamiento helado de mi lejano acostar, pero su articulación desencadenó un inconsciente retroceso mental en el que mis engranajes cerebrales —entumecidos por la inactividad— dieron marcha a mi propia personalidad, a mí. Supe entonces que quién pensaba era yo —perdonadme la expresión—, y que era yo igualmente quién estaba allí tendida pero lista para recobrarne. Las máquinas iniciaron sus programas, bailaron las luces y una dulce voz fue susurrándome al oído el motivo por el cuál había sido devuelta anticipadamente a la realidad.

De todas las técnicas y prolijas razones de que fui informada, únicamente haré constar la principal: una fatídica avería en determinados mecanismos había sacado mi navío interestelar de las profundidades del superespacio, a algunos años luz de mi astropuerto de arribada. Así pues, desde este momento, la impulsión de la nave sería convencional hasta mi sistema solar, lo que a la mencionada velocidad suponía nada menos que un largo periodo de veinte años. La noticia no me arredró, soy mujer valerosa y he sido aleccionada para casos similares.

Vistas las circunstancias y revisados los aparatos afectados y comprobada su imposibilidad de arreglo, rápidamente llegué a la conclusión más correcta. No debía volverme a criogenizar, la navegación de tipo convencional no lo aconseja en absoluto, hay peligros en el espacio y decisiones de astronavegación que deben ser tomadas personalmente por el astronauta, contrariamente al viaje superespacial, donde las máquinas pueden realizar esta labor sin ningún reparo.

Estaba condenada a llegar veinte años más tarde de lo previsto a mi base de partida, veinte años de lucidez, de vida normal, donde cada segundo era un segundo y cada día un día negro pero de veinticuatro horas de soledad. ¡Iba a pasar veinte años encerrada entre paneles y mamparos metálicos sin más compañía que

la impersonal voz de los ordenadores, y mis pensamientos.

La rutina cayó pesadamente sobre mis horas, las pantallas alumbraron datos, los dígitos jugaron al baile de disfraces, la comida se fue acumulando en las bandejas sin que apenas la probara. Perdí forma y comencé a tomar píldoras para dormir, luego otras para poder levantarme hasta que no pude resistir más y pulsé el calendario que intencionadamente me había negado a consultar desde que fui despertada. Pero ¡ay!, escasamente habían transcurrido dos meses. ¡Oh!, desesperación, ni siquiera la décima parte de mi solitario periplo. Tomé una decisión, bajo ningún concepto volvería a abandonarme, ni física ni intelectualmente. No quería encontrarme un día hablando sola por la crujía. Distribuí mi tiempo a rajatabla, horas de estudio, horas de ejercicio, solarium, juegos, meditación... Cada día me miraría al espejo, me acercaría al calendario sin miedo, con la firme determinación de alejar el deseo de que los días transcurrieran sin enterarme. Se trataba de mi vida, eran mis días, los días de mi vida. Estaba sola, de acuerdo, pero no podía permitirme desaprovecharlos. Así me lo juré.

Durante un mes, la rígida disciplina que me había impuesto apartó de mi pensamiento el fantasma de la soledad. Mejoré de aspecto, podía mirarme al espejo casi con orgullo, las báscula tampoco me aterrorizaba, dejé de consumir píldoras para dormir y hasta llegué a sorprenderme cantando en más de una ocasión.

Pero cierto día sin nada especial que mencionar en que me disponía a conciliar el sueño, me abardonaron pensamientos nostálgicos. Instintivamente y armada de una fuerza casi diría ajena a mí, conecte la videoteca trespé. No escogí nada, dejé que la máquina se desgranara a su gusto.

Vi imágenes de mi tierra, de hombres, mujeres y niños, de sus casas y sus jardines, de sus animales domésticos y sus vehículos de transporte. Me reí, ¿qué moda imperaría a mi llegada?, ¿me serviría alguna de mis bien guardadas ropas?... ¿Se acordarían de mí, de mi partida? ¿Saltaría la noticia a los titulares de los periódicos cuando mis mensajes fueran captados —dentro de unos años— por las antenas de mi planeta? ¡Bah!, la respuesta me llegaría casi en el momento de mi llegada... Un helado desmayo me traspasó. Y en un segundo, toda la fortaleza acumulada en un mes de férrea disciplina se desmoronó.

Negaba con la cabeza tratando de esquivar la acometida de mis negros pensamientos. Aporreé los teclados, los ojos se me humedecieron, sentí las manos crispadas y dolor en el vientre. Me levanté del asiento, la pantalla seguía funcionando, sonaba música excitante. Caí al suelo tapizado de suave fibra y me apreté contra el, una risa idiota se me escapó, me arañé la cara con las uñas, y una gota de sangre quedó sobre la punta de mis dedos.

—¡Soy un ser humano! —le grité a las máquinas, a los estantes perfectamente ordenados, a los teclados de control, a las manijas, a las válvulas, a los...

—Yo siento... —añadí con dramatismo—, siento porque estoy viva, y sufro porque estoy viva...

Una fuerte emoción me subía desde las piernas a la cabeza, un calor desbordante. La música se multiplicó, parpadearon todas las luces de la nave y un gran dolor me desgarró las entrañas.

—¡Idos todos al infierno! —exclamé, y cerré de un golpe la videoteca, no sin que antes la figura radiante de un niño quedara atrapada un instante en la pantalla.

¡Una luz se hizo en mi cerebro! ¡Oh, Isa, que pudiera hacerlo! Corrí como una loca a los controles centrales, tecleé con frenesí sobre los programas de urgencia. ¡Rápido, quiero una lista detallada de toda la carga! ¡Un bloque informativo sobre Biología, Obstetricia, Partenogénesis... ¡Vamos!, le ordené a las máquinas, ¡moveos! ¡Hay trabajo que hacer! ¡Quiero tener un hijo!

RELATOS PARA DESPUÉS DE LA ERA DORADA:

GHOST.

De Sáinz-Rozas

Hace algún tiempo, trabajando para una publicación periódica, sita en Thubán, me fue encargada la tarea de recabar información de primera mano que aclarase a nuestros abonados los hechos que, por lejanos, se les antojaban inexplicables. Se trataba de acercarse a la agitada periferia galáctica y allí, siendo espectador, transmitir una serie de crónicas que pusieran más cerca los acontecimientos que ya muchos vaticinaban como la pronta irrupción del proletariado externo sobre la rica y democrática Thubán.

Armado pues del ansia que mi juvenil profesionalidad me confería, desembarqué hará ya más de un lustro en uno de los más exóticos planetas periféricos que puedan existir. Estoy seguro de que todos habéis visto alguna vez en los noticiarios tresde imágenes de este lugar. No voy por tanto a describiros este planeta, llamado del vicio, y más propiamente conocido por Uter, o la feria de Uter si lo queréis así. Allí debería buscar un buen contacto que me permitiera infiltrarme en las filas del Caos, fuerza a todas luces preponderante en los avatares periféricos. Qué puedo deciros de su capital Dionysos, su mismo nombre ya aproxima a lo que más tarde vi. Una feria del más espantoso y degenerado vicio que podáis imaginar. No sólo el sexo se comercializaba en cualquiera de sus infinitas variantes, sino que todas las diversiones procaces, emocionales o imaginativas, y prohibidas por las leyes Groor, se encuentran en Uter campando por sus respetos. Cualquier aventura, cualquier ensoñación, puede ser satisfecha por la industria uteriana siempre y cuando se disponga del suficiente crédito. No era mi viaje de placer y por ello me abstuve de tales inmorales divertimentos, aunque a fuer de sincero, hube de luchar, y a veces denodadamente, con mis impulsos. Pero vencidas las tentaciones y puesta la razón en su lugar, dirigí mis pasos la noche de mi llegada por las estrechas callejas del barrio portuario de la ciudad, donde a ciencia cierta sabía tenían sus orgías todos aquellos que llegados a Uter por otras razones más menstrales que la propia diversión, hacen también uso de su alegría aunque en distinta medida. No había allí suntuosos burdeles para turistas adinerados y deseosos de burlar la Ley, ni complejos ambientales recreadores del pasado, ni siquiera casinos. No, las gentes que pululaban por estos lugares tenían a bien divertirse de otras maneras más tradicionales. No pecaré de exagerado si os digo que primaba más el vaso de buen vino y la mano prieta en la empuñadura del arma, que cualquier otra diversión. Eran marineros de todas las razas y nacionalidades: tripulantes de buques de guerra o simples marinos mercantes. Contrabandistas de la alucinógena resina del Armistán tenían asimismo su sitio en las oscuras y turbulentas tabernas porteñas. Ex-legionarios mods, vagantes y sin soldada, acechaban en las esquinas pidiendo un óbolo o arrancándolo de viva fuerza si la mano andaba corta. En fin, toda clase de indeseables. Empero, no os he hablado aún del tipo de seres más peculiares y por tanto más estremecedores que tuve la fortuna -debéis perdonarme la expresión- de conocer. Sin ninguna duda reconocí en aquellos hombres el objetivo de mis pesquisas. Tenían el porte y las maneras de gentes no sujetas a ninguna ley, por un lado podían pasar por marineros avezados, curtidos en mil singladuras y tatuados sus pechos y antebrazos de estrellas y constelaciones. Pero una detenida observación llevaba a considerar, no sin cierto sobrecogimiento, que semejantes tipos

humanos lucían su cabeza demasiado alta, la mirada orgullosa y el gesto audaz, y amén, todo sea dicho, del arsenal de combate con el que se movían. Su presencia asustaba, sus gruesas voces imponían respeto, sus mortíferas armas levantaban oleadas de silencio. Eran los piratas Noor, los adoradores del Caos

Convenientemente disfrazado, tuve el valor de penetrar en una de las tabernas y hasta hube de solazarme con una meretriz de escaso atractivo -Isa me lo perdone-, para guardar las apariencias. Si los presentes hubieran sabido quién era yo, espía republicano al fin y al cabo, de seguro me hubieran traspasado con sus terribles dagas vibratorias. Y como lo cuento, tomé una jarra de cerveza, excelente por cierto, y buscando un rincón apartado esperé pacientemente la oportunidad de entablar una conversación que pudiera encaminarse hacia mi meta. Fue entonces cuando me llamó la atención un personaje que describiré. Se trataba de un pirata Noor, un verdadero toro de tan anchos y fuertes brazos que infundía temor sólo con su sombra. Se ataba el pelo rubio a la nuca en un vigoroso colete, así gustan de llevar los hombres del espacio sus guedejas, y adornado también por un profuso y rizado bigote cuyas puntas retorció al hablar. Relataba una historia de naufragios y mundos desconocidos que me interesó al instante. Aquel pirata no tenía sin embargo la faz brutal que normalmente se gastan los veteranos de todas las armadas, diríase incluso que era bello a su manera, con los dulcificados rasgos de su raza, pues me pareció de ascendencia gitana. Apretaba una jarra en la mano, y por mi cuenta que vació una docena mientras con hermosa y grave voz les contaba a sus oyentes la increíble historia motivo de este relato y que procedo a transcribros tal como la recuerdo.

Aseguraba el pirata que en una de sus derrotas, razzia de saqueo presumo, tuvieron la mala suerte de ser emboscados por navíos de guerra del reino de Axón con el resultado final de la pérdida del velero estelar pirata. Añadiré que entremedias detalló como infligieron a los destructores reales un severo castigo que les dejó en el espacio, si bien vencedores, también náufragos. Ordenó el capitán pirata abandonar la nave, y nuestro hombre se vio embarcado con algunos de sus compañeros a bordo de un botecillo velero y que impulsado por la presión estelar, aproaron con rumbo a una estrella cercana. No les amedrentó la circunstancia de encontrarse lejos de toda astropista de navegación, y en estas circunstancias, escasas las posibilidades de supervivencia, transcurrió el tiempo que, implacable, fue minando la moral y hasta la vida de hombre del espacio tan duros como aquellos. ¡Ah!, de que tintes dramáticos tiñó el pirata su relato cuando remedando con sus gestos y ademanes la desesperación que les embargaba, explicó que, encontrándose los supervivientes al borde del delirio, decidieron por unanimidad encerrarse en sus trajes espaciales y criogenizarse hasta buen fin, aun corriendo el riesgo de ser atrapados indefensos por navíos reales, en cuyo caso no valía la pena haber sobrevivido para ser colgados de la antena de proa. No añadió a su historia más dolor, sólo aseguró que, habiendo todos sus compañeros congelado sus vidas, se disponía a hacer lo mismo, cuando sufrió las más perversas alucinaciones. ¡Pues no se creía llegado a una estrella! Nada tenía delante para creer en semejante cosa, pero para su asombro, todos los instrumentos informaban de lo contrario, no sólo estaba cerca de una gran masa, sino que además tenía que ser gigantesca para producir tal campo gravitatorio. El bote fue atraído por la más negra de las oscuridades, una fuerza gravitacional surgida de la nada que amenazaba con deformar el endeble casco. En un arranque de lucidez,

nuestro hombre consultó el astrolabio, hallando como esperaba aquellos lugares del espacio vacíos. Mas siendo tan manifiestos los efectos y tan previsible la catástrofe y suprimiendo de un golpe toda posibilidad de alucinación, el pirata se creyó en manos de una de las más viejas tradiciones marineras: ¡una trampa Skargami! Una trampa papamoscas que como aseguran los veteranos navegantes, ponen al albur estos seres no humanos, ¡los Skargami!. Artefactos no humanos que de vez en cuando aparecen y desaparecen para pasmo y temor de quienes han tenido el privilegio de comprobar su fantasmal presencia en el negro y parpadeante éter, en el espíritu del Uno.

A juzgar por las explicaciones que daba el pirata, vino a mi magín el recuerdo de fenómenos que todos hemos estudiado en la escuela elemental y de mucha más fácil entendedería, como son las singularidades espacio-temporales, los huecos negros. Empero, yo sabía que no hay ninguno de estos curiosos vórtices en un considerable radio alrededor de la Galaxia habitada.

Tras un tiempo que el pirata esperó la desintegración del bote por aplastamiento, le sobrevinieron otra serie de fenómenos increíbles, como extrañas músicas, alucinaciones coloreadas, luces de rojo intenso y parpadeos de todos los instrumentos, como si bañados de energía sintieran en su entraña el placer de tal digestión. Y repentinamente fija, tuvo a la vista y a su frente, pareciendo que hubieran encendido con materia aquella región del espacio, una ígnea bola roja que no pudo confundir con ningún tipo de estrella natural o plasmóide. El artefacto era un poliedro de millones de facetas de tal modo que se redondeaba hasta casi formar una esfera de luz y plasma. De aquella tupida red y según el bote era atraído por la gigantesca masa, pudo apreciar que entremetidos en las caras había pasillos transparentes que cual diques contenían el plasma, domesticándolo.

De nada estaban formados los diques, pero de ellos no se escapaba ni un átomo ni una partícula. El bote fue engullido sin que los instrumentos pudieran contarlos, todos fenecieron sobrecargados de energía, energía y campo que ningún mal causaron a nuestro hombre, todo lo contrario, se sintió transportado a zonas desconocidas del subconsciente, a recuerdos placenteros ya olvidados, a instantes de su vida oscuros como un pozo y que interpretados en un segundo, le dejaron limpio de toda amargura, pesar o trauma. Tuvo deseos de vivir, euforia, vitalidad. Sensaciones que le acometieron impidiéndole ver dónde se encontraba, pues al pronto y sin previo aviso, el escenario cambió, encontrándose ahora el botecillo en un lugar de una espléndida claridad azulada. Un mar de nubes rizadas le rodeaba. La vela por inútil, colgaba lacia falta de la presión de la luz, la arrió, y al hacerlo mejoró la panorámica del lugar donde se encontraba. El mar de nubes se curvaba sobre sí, envolviéndole como una inmensa intraesfera, y en el centro y para su sorpresa, un diminuto Sol, una estrella plasmóide artificial irradiando luz y calor tan al gusto de un ser humano que el pirata abrió las escotillas y se quitó el traje espacial. Todos sus compañeros habían muerto.

La visión siguiente le asombró aún más: tres gansos, sí, tres gansos pasaron en formación a su lado sorteando con habilidad el dormido bote, y detrás ¡Gea le asistiera!, tres individuos de factura muy similar a la humana pero más fornida y pequeña, vestidos con telas multicolores con amplios volantes flameando y volando a la captura de los gansos. Reían y gritaban. Otros de estos seres voladores se le acercaron con gran alborozo con movimientos

que le recordaron la técnica de la braza. Tenían los pies grandes y el tórax y los brazos fuertes, sus piernas eran cortas y sus cabezas gruesas y cubiertas de abundante pelo. Eran bellos a su forma, bellos y armónicos. Le recibieron con amabilidad y colectivo regocijo. Pronto supo que se llamaban a sí mismos, los seres Herméticos.

Vivían en un asteroide socavado, expresión mixta de lo que en astroingeniería se denomina Esfera Dyson y Espomo. Artefacto horadado y del que sólo las paredes quedaban a modo de cáscara, y así y todo convertida en paneles de campo para los fines que más tarde hablaré. La diminuta estrella artificial, rodeada de nubes y filtros gaseosos, hacía posible la vida. Días, noches y estaciones eran fielmente reproducidas por sutiles máquinas. La flora, la fauna y los propios herméticos gozaban de una armonía exquisita. El lugar tenía por nombre "Gnost", donde estos seres habían desarrollado, ajenos a la pesada gravedad humana, las facetas tridimensionales que la materia siempre ofrece. Su sistema social se basaba en una sociedad superespecializada y multidivida donde cada individuo realizaba una función específica y en la cual, la sociedad total era la suma de las minúsculas partes programadas.

Los herméticos se habían diseñado a sí mismos tanto biológicamente como genéticamente, alcanzando las proporciones ideales para las especiales características de Gnost. Sus vidas pasaban por tres fases: la fase sensual, la intelectual y la inmortal. Tras nacer por gestación natural, el niño era educado por sus padre tutores, que al cabo del tiempo lo integraban en la ciudad de los jóvenes: Guha, donde pasaría el resto de su juventud dedicándose al arte, el deporte y el sexo. Allí juegan, vuelan y se aman sin prejuicios, comen con apetito y gustan de las emociones fuertes como la carrera del ganso, pero son de natural pacífico y no consumen drogas excepto en las fiestas de comunicación y percepción. Guha es alegre, radiante y desvergonzada, en ella los jóvenes sensuales se autogobiernan disponiendo de su educación y vida a su entero gusto. En su fauna predominan los gansos, milanos, águilas y cóndores. Los jóvenes sensuales son alegres, confiados, dinámicos y algo agresivos con sus mayores. Llegados a la madurez, y entre grandes fiestas familiares, entran de lleno en la fase intelectual, en la que ejecutan labores de funcionariado, realizando al mismo tiempo una investigación sobre su propio trabajo, trabajo que consiste en cuidar de Gnost. Viven en una ciudad llamada Kryptos, que es seria, reservada y tranquila. En ella es notoria la presencia de palomas, pájaros y gallináceas. Los intelectuales aman la paz, la plática relajada y el estudio y observación del universo. Cuando el cerebro comienza a dar muestras de abatimiento o involución lo que sucede a muy tardía edad-, es vaciado en el Dormitorio de las Conciencias, computadora cementerio donde las ideas y pensamientos quedan almacenados para siempre, pasando a formar parte de la mente total o Anima Mundi Hermética. A esta fase se la denomina inmortal, pues consultadas las conciencias dormidas, afirman encontrarse en comunicación permanente y eterna con Gnost. Ocurre a veces que un hermético, al final de su fase intelectual, no desea terminar su presencia física, por lo que puede reimplantar su conciencia en un Alter Ego de sí mismo, lo cual es fácil para la técnica hermética porque poseen registros embrionales criogénicos de todos los individuos, desarrollándose a petición del interesado, que se encuentra de nuevo con un cuerpo gemelo al suyo, tan joven como antaño, con todas sus ideas y recuerdos, pero con una percepción y vida nuevas. No obstante, esto no está enteramente bien visto y estos herméticos viven en una tercera ciudad llamada Tora completamente apartada de las otras. En ella no reina la alegría sino lo imprevisible,

pues los herméticos revivientes son seres de insólitas reacciones que pasan sus días hablando y discutiendo, y su sabiduría es agria pero fuente de enseñanzas. La ordenación de esta sociedad es llevada magistralmente por un ordenador llamado Máquina Zeta, de acuerdo con la clasificación que hiciera un sabio, dando a cada letra del alfabeto un cúmulo informativo desde la A: un millón de bits, y ascendiendo en crecimiento exponencial hasta la Z. Creada e imbuida del principio de autoperfeccionamiento, Zeta controla y afirma su presencia en cada uno de los átomos de Gnost siendo difícil diferenciar sus componentes físicos de la misma materia de Gnost. Y por este efecto sus terminales de acceso son lugares de invocación, donde los funcionarios a su cuidado interpretan sus respuestas.

Para un observador extraño podría parecer que los servidores de Zeta son más místicos que ingenieros, o que los herméticos han creado su propio gran espíritu y divinidades menores o canales especializados de invocación. La sabiduría de Zeta es tan grande que les ha permitido hacer uso de las maravillosas pero escondidas propiedades del universo, el aprovechamiento de los sistemas naturales de Transbordadores Espacio-Temporales, zonas del espacio donde la energía y la luz son absorbidas y el tiempo no existe, para viajar por todos los confines del universo y finalmente contactar con otras razas inteligentes.

Esta epopéyica empresa tiene sin embargo un peligro. Pese a que los Herméticos habían renunciado a todo contacto intencionado con su civilización de origen, temen que si su encuentro con razas diferentes no se hace de igual a igual, como siempre que una civilización encuentra a otra, la más desarrollada coloniza a la otra. Y para evitar esto, Zeta ha puesto en marcha el más apasionante programa jamás ejecutado. Me explicaré. Disponiendo de un Cuaderno de Bitácora en el que registra todos los acontecimientos elementales a su alcance, elabora mapas espacio-temporales donde la única incógnita es el Horizonte de Sucesos o línea de penetración universal en el futuro para tiempos positivos. De aquí nace el quehacer vital de los Herméticos: El pronóstico. Labor en la que gastan todas sus energías. Capturan seres humanos y les ofrecen algo inaudito, un horóscopo certero a cambio de convertirse en sondas de la Historia, elementos prefijados de acontecimientos locales. De este modo, introducidos en los sucesos temporalmente próximos, actúan sobre ellos acelerando o retrasando la sucesión histórica con el único fin de saber si el destino, ¡eterna pregunta! es impenetrable. Y de no serlo, poner en marcha los mecanismos sociales para descomponer la sociedad humana y de su final hacer resurgir una nueva sociedad que pueda participar en el salto del tiempo sin correr el peligro de ser colonizada y por ende esclavizada.

Y aquel pirata, ebrio ya de tanta cerveza, aseguró sin ninguna vergüenza que, él, a más de cantante y espadachín de renombrada fama, había sido amado por una hembra inmortal y estaba destinado a mover los mundos gracias a que habiendo pactado con tales seres, avanzaba en el tiempo con la seguridad que sólo un pacto así puede dar. Yo soy un agente hermético, dijo al terminar su relato.

Rieron los concurrentes, incrédulos unos y asombrados otros. Por supuesto que nada creí entonces de su narración, estas historias o parecidas eran comunes en aquellos días de la periferia. Pero acuciado por la curiosidad y olvidando la debida precaución me acerqué al pirata y sin presentarme le pregunté:

-¿Y de dónde proceden tales seres, amigo mío?

El pirata me miró sorprendido, mas viendo en mí el interés que su historia había despertado, se sintió halagado y respondió:

—Los herméticos, señor, saben que la Contracción ha comenzado, el corrimiento al violeta. Ellos no son más que nuestro pasado o nuestro futuro, como mejor quiera. Ellos son nuestro final.

Y terminadas sus palabras, recogió sus armas y acompañado de otros piratas del Caos, partió, Isa sabe dónde, para conquistar la Galaxia y bañarla de sangre, como así está sucediendo, pues no era otro que el comandante de todas las flotas piratas Noor, a quién el diablo se lleve.

RELATOS PARA DESPUÉS DE LA ERA DORADA:

En el Lugar de la Muerte.

De Sáinz-Rozas

Mi nombre no importa, sólo os diré que fui amigo del protagonista de esta historia. Desdichado personaje que, como yo, llegó un día a este planeta a lomos de la espléndida fragata "Lestai", nave insignia de los piratas del Caos. Gamael, de quién os hablo, era un pirata de escasa fortuna y extrañas aficiones. Lo conocí en Noor, el planeta sede de los piratas. Fue durante la Gran Asamblea. Acababa de alistarse al Caos y tuvo la suerte de sentar plaza en la dotación de la "Lestai" navío pirata en el que servía yo como maquinista. Gamael no había sido siempre marinero. Lejos de la periferia, pues era natural de Evodi, tenía registrado su criden, habiendo gozado hasta hacia poco de la protección de la Ley Groor. Sin embargo y llevado por sus insólitos deseos, se había puesto al margen de la legalidad, teniendo que exiliarse del centro galáctico. Gamael era un cazador, uno de esos hombres que lleva en su sangre la pasión de la muerte y captura de lo que llaman "presas". Clandestinamente introducido en una Reserva Jardín Imperial, tuvo la osadía de dar muerte a varios animales en peligro de extinción. Perseguido por la policía biológica, terminó su fuga en el planeta pirata, donde le dimos refugio y por así decirlo trabajo. Conducidos por nuestro comandante habíamos desembarcado en Lamia —el planeta de la muerte—, no sin antes burlar el bloqueo de la escuadra axonita. Nuestra misión consistía en apoyar a los rebeldes lamienses en su lucha contra el reino de Axón, pues Lamia llevaba siglos peleando por su independencia. De Lamia se dice siempre que no es un buen lugar para vivir, quizá sólo es bueno para encontrar una muerte rápida. Se trata de un planeta llano como la palma de la mano, sembrado de montículos rocosos a cuya protección verdean las escasas granjas. El cielo de Lamia es verde y denso como un puré de guisantes, lo que se debe a la presencia numerosa de microorganismos fabricados especialmente por la Exo —la Compañía Exobiológica— para la producción de agua y energía en las mismas nubes del cielo lamiense. Globos cautivos amarrados a pequeñas vagonetas que se deslizan sobre raíles se encargan de almacenar el agua y la energía que la tierra se niega a dar. Sobrevivir en Lamia no es tarea para pusilánimes, todo lo contrario. Lo nativos son altos y de nervudos brazos, de largas cabelleras y tupidas barbas, cabalgan por sus estepas montados en grandes animales tetraploides armados de sus artesanos fusiles de caza y seguidos por aullantes bandadas de fieros perros de las llanuras. Pudiendo parecer lo contrario, en Lamia abunda la caza animal. Su ecosistema, dada la baja densidad humana, está casi equilibrado. Y si para la Exo, este planeta fue un manifiesto fracaso, con el paso de los siglos, Lamia supo hacer un hueco a la vida.

Especies diseñadas para su duro clima, desaparecieron sin dejar rastro y otras casualmente introducidas fueron capaces no sólo de adaptarse sino multiplicarse aceptablemente. De suerte que la vida en Lamia representa su facción más dura. Los lamienses disparan contra todo lo que se mueve, animal hombres o máquinas. Viven en clanes rurales salvo una pequeña casta dirigente que habita la docena de ciudades de piedra concentradas a la orilla de un largo canal artificial que recorre de costa a costa el único continente. Sólo hay pues un océano en Lamia, es un mar inhóspito y no apto para la vida, sustancias perjudiciales se hayan diluidas en fuertes proporciones, que son el resto del enérgico tratamiento a que la Exo sometió al planeta cuando lo bionizó,

empero, el océano si cumple funciones vitales, pues sus mareas, la evaporación, y otras propiedades físicas mantienen estable la pesada atmósfera lamiense. Además, el profundísimo fondo de este mar es completamente sólido, forma un zócalo de hielo VI que nada puede atravesar. Los nativos lo llaman Mare Frigoris y está tan muerto como el original del que tomó nombre. En las ciudades viven los nobles y los comerciantes que mantienen a Lamia suministrada de útiles y mercaderías. Con la invasión axonita, el pueblo se aunó contra el invasor. Partidas guerrilleras sometieron a la infantería de marina axonita a un acoso sin cuartel que duró siglos. Una larvada e intermitente guerra de las zonas rurales contra los tiránicos axonitas. Hartos del planeta. El almirantazgo de Axón decidió sembrar de minas autómatas todo el planeta excepto las zonas bajo su control. La vida se hizo imposible en Lamia fuera de las ciudades. Aquellos artefactos autómatas navegando a decenas de metros del suelo y con un radio de detección de varios kilómetros analizaban todo rastro de vida y si era humana se lanzaban con todo su poder contra el infortunado, cuyas posibilidades de escapar eran prácticamente nulas. Y había centenares de miles de estas minas. Los clanes lamienses corrieron a refugiarse a los abandonados fuertes subterráneos que un día fueron base de la octava flota imperial. Estos fuertes son imponentes construcciones militares cuya extensión está aún por explorar. Se encuentran en la zona más desértica del continente y nada puede diferenciarlos, a vista de pájaro, del paisaje típico lamiense. En su interior, túneles sin fin e inmensos hangares componen la estructura bajo tierra más espectacular que nunca se haya visto. Los lamienses sólo fueron capaces de restaurar un mínimo de mecanismos del olvidado blocao, lo justo para poder desarrollar una estrategia de supervivencia en el corazón de Lamia. Olvidando su orgullo, los clanes pidieron ayuda exterior, y quién mejor que nosotros, los piratas del Caos, para combatir a Axón. Cuando desembarcamos en Lamia, nuestra nave fue rápidamente ocultada y una vez que el comandante se entregó a las labores de organización de una fuerza lamiense aliada al Caos, quedó la marinería prácticamente libre de servicios. Mas poca distracción podíamos encontrar. Amén de absolutamente prohibido, adentrarse en el desierto era un suicidio seguro.

Únicamente el blocao, aquél inmenso, oscuro e inhóspito mundo subterráneo nos ofrecía cierta libertad de movimientos. Los lamienses habían organizado sus clanes en las zonas conocidas, y aunque su vida había cambiado radicalmente y sus actividades se limitaban a los mínimos de supervivencia, algunas de ellas todavía se mantenían. Los lamienses son gente tosca y adusta, apenas deslizaban en sus conversaciones más de tres palabras seguidas, siendo este laconismo, a fe mía, la característica fundamental de los pueblos inmersos en duras realidades. Por ello, la tripulación andaba recelosa, añorando la navegación, y deseando partir de aquel infierno cuanto antes. No habíamos acomodado en los alrededores de uno los campamentos lamienses y pasábamos los días vagando por los túneles, ciertamente impresionados por lo desmesurado de su construcción. Las dimensiones de hangares y servicios aseguraban a buena vista que allí se habían almacenado gigantescos cruceros imperiales y otras armas mortíferas. Nada de eso quedaba entonces, pero sí podíamos admirar las ahora inservibles máquinas que en tiempos pasados habían servido para la reparación y mantenimiento de la octava flota imperial. Viéndolo así, me costaba imaginar, cómo el Imperio Groor había caído derribado por sus propios ciudadanos. Aburridos, paseábamos Gamael y yo por el campamento nativo regateando con ellos el precio de algunas mercaderías que se vendían en el improvisado y poco provisto zoco, cuando nos sorprendió encontrar a la

venta una excelente máquina viva para usos personales. El vendedor, un taimado personaje, se negó a indicarnos su procedencia y lo que era más insólito, cómo había llegado hasta allí. Pero el caso es que estaba en venta. No teníamos permitido los piratas este tipo de servicios, pues El Caos odia estas creaciones biocibernéticas remedo de los seres humanos, pero, Gamael, quizá impulsado por nuestras actuales e insulsas ocupaciones, pujó por ella pese a su prohibitivo crédito Nada dije, Gamael era muy libre de adquirir lo que quisiera y empeñar el botín de una singladura, conocía bien los códigos piratas que regían nuestro comportamiento y sabía como yo que era un compra temporal, podría usarla mientras estuviéramos allí detenidos, pero nunca embarcarla. —Me servirá para entretenerme —dijo. Efectivamente, era un lujoso modelo femenino de entretenimiento, con la memoria de un elefante, la habilidad de un cirujano y la amabilidad de un sirviente. Pero tenía la inteligencia de un niño de tres años. Así son estas creaciones. Artificiosas réplicas de un ser humano, eternamente jóvenes hasta que un día caen fulminadas por su muerte programada. Para mayor desacierto, el modelo consumía gran cantidad de agua y alimentos, lo que en Lamia era muy peligroso.

—Se acostumbrará —sentenció Gamael.

Así pasaron los días, y los afanes de Gamael por sacar algún provecho de su adquisición pusieron una nota de entretenimiento a la desalada realidad de nuestra espera. Había cogido el hábito de sentarme frente a su cubículo y observarle. Todas las tardes, Gamael desarmaba y armaba una excelente arma de caza de que disponía. Había hecho memorizar a la máquina viva el orden de las piezas y se las iba dando y pidiendo como el cirujano al ayudante. La máquina viva, tal como estaba condicionada, sonreía a cada gesto puesto sus bellos ojos en los de Gamael. Observé cuanto le complacía a Gamael la dócil aptitud de la máquina. Si Gamael daba un paso, la máquina viva le seguía como un cachorro. Si Gamael tenía un servicio a bordo, la máquina viva parecía apagarse hasta su regreso. A mi parecer componían un dúo deprimente. Pero no era asunto mío. Para mantenerla en forma, Gamael daba largos paseos a los que en ocasiones me invitaba. En uno de ellos y habiéndonos alejado más de lo recomendable, Gamael era en este tema francamente optimista pues confiaba en la capacidad de memorización y orientación de su máquina viva, por contra mía que sólo confiaba en mi brújula, nos sucedió un incidente que modificaría decisivamente el comportamiento de mi compañero dando lugar a este historia. Habíamos observado ya en el mismo momento de desembarcar la presencia de ratas de pelo negro, grandes y atrevidas que pululaban por los alrededores de los campamentos lamienses con la impunidad de su número. Empero, no parecía una situación alarmante para la vida humana en el blocao. En los túneles, sin embargo, su presencia era más discreta, supongo que por la falta de alimento. Pues bien, caminando sin rumbo fijo comenzamos a oír los sordos ruidos de los afanes de lo que en la oscuridad apenas rasgada por nuestras linternas parecía un nutrido grupo de pequeños animales. Ratas presumíamos. Llevaba la maquina viva el fusil de caza de Gamael, y tomándolo este se aprestó para nuestra seguridad pues a tenor del ruido que producían debían de ser centenares de estos animales. En efecto, al iluminarlos comprobamos horrorizados como las ratas se arremolinaban sobre restos de imposible visión. Nos detuvimos y Gamael, ignoro si por su instinto de cazador o por nuestra propia seguridad se dispuso a hacer fuego sobre ellas. Yo mismo ya tenía la mano presta para desenfundar mi pistola LXR, más propia para este menester que la carabina de Gamael, cuando oímos un raro aullido en absoluto proveniente de los múridos. Algo

aleteó sobre las ratas y mientras éstas, enloquecidas por el miedo emprendían la huida en todas direcciones, pasando incluso a nuestro lado, descendió del techo un gran animal desconocido para nosotros. Cayó sobre las ratas como un halcón y clavando sus garras en un par de ellas, se elevó de nuevo antes de que pudiéramos identificarlo. Desde luego no se trataba de un ave rapaz ni nada parecido. Además, no podía concebir que tales aves hubieran podido aclimatarse a la oscuridad de los túneles. Gamael, fuertemente impresionado, proyectó su linterna hacía los techos buscando al raro animal. Pero al igual que las ratas, había desaparecido del lugar. Fue entonces cuando vimos lo que las ratas devoraban. Eran los restos de un hombre, un lamiense sin duda, Gea sabrá cómo había tenido la mala fortuna de terminar así. De regreso al campamento, Gamael, pálido como un muerto, se informó de los nativos sobre este animal. Se trataba de un mutante de la Exo, creación especial para mantener los fuertes limpios de ratas. Los lamienses lo llamaban basilisco en recuerdo de aquél ser mítico cuya mirada podía matar. Era ciego y se guiaba a la manera de los murciélagos. Los lamienses lo protegían y salvo para las ratas resultaba inofensivo. Pude observar en el rostro de mi amigo, una fiera resolución. Sabía que en su interior preparaba la caza del basilisco, lo adiviné cuando horas después desarmó su arma de caza y la limpió y engrasó con especial dedicación. Finalmente me comunicó que tenía proyectada su caza para la jornada siguiente, de la que ambos estábamos libres de servicio. No me extrañó su decisión, como ya os he dicho, pero sí traté de hacerle comprender que, encontrándonos en tierra extranjera y siendo fuerzas aliadas, la caza del basilisco podría traernos funestas consecuencias, tanto de parte de nuestros mandos como de los mismos lamienses. Pero esto no le arredró. En su fuero interno estaba firmemente decidido a dar muerte a todos los basiliscos que se le pusieran a tiro. Se había secretamente informado de los lugares más óptimos en los que anidaba este mutante y esperaba regresar en un par de jornadas. Pensaba ayudarse de la máquina viva para orientarse, en la que confiaba, a mi ver, excesivamente. Todavía no puedo decir con exactitud las razones por las que decidí acompañarle. Quizá fue que, viendo su ceguera, en mi interior nació cierto deseo de mesurar su pasión y garantizar su regreso. No en vano todavía recordaba el cadáver semidevorado del desgraciado lamiense. Nos procuramos iluminación, raciones, y agua para varias jornadas. Por mi cuenta incluí en mi mochila precisos chips de orientación y abundante munición para el fusil de asalto que pensaba llevarme.

Se trataba de una excelente arma de combate de tiro muy vivo y munición explosiva que suponía yo mantendría alejadas las peligrosas manadas de ratas. Amén de mi inseparable pistola LXR. Cargamos a la máquina viva con las provisiones y sigilosamente abandonamos el campamento mientras sus habitantes descansaban. Gamael caminaba delante. Era un hombre ya maduro, de pelo plateado y luenga barba. Profundas arrugas surcaban su rostro del que salían dos ojos encendidos como tizones. Le seguía la máquina viva. Pese a no tener ningún tipo de afición cinegética una profunda emoción me embargaba. Quizá era la pasión de la caza, quizá sólo miedo. Llevaríamos unas horas de marcha cuando un penetrante olor nos invadió. La humedad se hizo más notoria y el olor, producido por algún tipo de vida vegetal nos aturdió. Pronto descubrimos la causa: de las distantes paredes del túnel rezumaba agua y por este motivo, toda su superficie y aun los suelos, estaban tapizados de setas, hongos de carnosa consistencia y apetitosa apariencia. Al pisarlos se deshacían produciendo una rara impresión bajo nuestros pies. Había setas hasta perderse de vista. Cuando Gamael encontró un lugar adecuado, sacó el cebo

que a este efecto se había procurado —una pierna de cabra— y colocándolo a su gusto nos ordenó acampar a un centenar de metros mientras él preparaba su puesto de observación a la espera de que el cebo atrajera las ratas y éstas al basilisco. Se colocó unas gafas para ver en la oscuridad apagó su linterna y nos despidió. Desde el improvisado campamento y sin más compañía que la máquina viva me mantuve alerta mientras reponía fuerzas a la par que observaba intrigado la mecánica masticación de ésta y su aparente pérdida de expresión cuando realizaba tareas para sí misma. Pasaron las horas sin ninguna novedad, y creo que incluso llegué a dormir. Desesperado, Gamael recogió su cebo y levantamos el campamento para seguir caminando. Al cabo y llegados a una gran rotonda circular de muchas salidas algunas cerradas por desprendimientos— observando no sin sorpresa que toda ella estaba regada de los restos solidificados de excrementos que supusimos de los basiliscos. Pero no había ninguno de ellos. Esto espoleó todavía más a Gamael. La presa tenía que estar cerca. Como no sabíamos por cuál de los túneles seguir y mi brújula ultrasónica nada nos aclaraba, Gamael confió en el instinto, azar pensé yo, de su máquina viva, quien se internó por uno de ellos sin más. Poco trecho anduvimos por aquel túnel, al poco se abrió otra sala aunque no muy grande y allí nos esperaba otra sorpresa. Un esqueleto humano perfectamente sentado y apoyado contra la pared. Al acercarnos se desmoronó en sus piezas. No muy lejos encontramos un mohoso fusil y ¡Gea nos asistiera! otro esqueleto pero éste de algún tipo de animal volador. Un basilisco sin duda. ¡Qué tragedia había tenido lugar allí! ¿Se trataba de otro cazador como Gamael? Un negro presagio que a mi compañero no pareció impresionarle lo más mínimo.

—Gastó dos cartuchos —dijo con cierto tono de censura.

En efecto había dos vainas en el suelo que relumbraron a nuestra luz. La observación del esqueleto del basilisco fue muy instructiva para Gamael, lo estuvo mirando y remirando largo rato. Supongo que hacía sus cálculos en la estrategia que pensaba usar.

—¿De qué moriría? —dije señalando los restos humanos.

—No tiene ningún hueso dañado —observó.

—Quizá murió de hambre o de sed —supuse.

—No —dijo Gamael con seguridad—. Murió al lado de su presa y fue incapaz de caminar más de diez metros. Luego estaba herido. Algún tipo de herida no muy grave pero que le imposibilitaba caminar. Pudo sentarse y morir sin perder la postura. Lo que quiere decir que se desmayó antes.

—Quizá no estaba solo y sus compañeros le recostaron contra el muro —argumenté.

—En ese caso —me contestó—, sus compañeros le abandonaron sin linterna.

Era cierto, no hayamos rastro de ninguna.

—Sólo Gea lo sabe —dije concluyente—. Pero antes de morir mató un basilisco.

—Y puede que el basilisco lo matara a él. ¿Te has fijado en las garras que tiene? Podrían sostener un perro de las llanuras.

Me estremecí. Todas sus posibles muertes me parecieron terribles. Allí, en la oscuridad, sólo. Lejos de cualquier palabra humana y en pareja muerte con su presa. No pude quitarme de encima la sensación de que nuestra expedición iba a terminar también mal. La humedad y la presencia de hongos era más notoria a medida que nos adentrábamos en lo desconocido. Incluso se diría que las sombras se apretaban a nuestro paso apresándonos en la luz de las linternas. Nunca he sido de temperamento acobardado, me precio de ser un hombre razonablemente valiente, pero os mentiría si no confesara cómo según avanzábamos por corredores interminables el temor se apoderaba de mí. Todo luchador sabe que el miedo paraliza y por tanto resta recursos para la lucha, pero ningún hombre está libre de él. No sé cuantas horas pasaron hasta que finalmente oímos los inconfundibles ruidos provenientes de los movimientos de las ratas. Por fin las teníamos cerca. Gamael decidió acampar. A la luz del farol y mientras la máquina viva se esforzaba en prepararnos unas raciones de comida, observé el rostro transfigurado de mi amigo. Se sentía próximo a su presa y esto le tenía sumamente agitado. Luego que hubimos ingerido la comida y cuando me disponía a encender mi pipa, Gamael se levantó anunciando que buscaría un lugar desde donde batir al basilisco. Fui perdiéndole de vista hasta que sólo fue un punto de luz al final del túnel. Traté de dormir un rato, pero desvelado e intranquilo por la tardanza de mi amigo, no pude hacerlo. Había extendido el saco de dormir sobre las setas y aplastadas éstas por mi peso, su olor persistente me hacía a veces dudar de mi estado mental. ¿Serían alucinógenas? Poco después, el eco del túnel me trajo el inconfundible sonido de un disparo, otro y varios más le siguieron. Me levanté rápidamente y iluminé las cercanías, pero los disparos venían del fondo del túnel. No se oyeron más y comencé a temer por mi amigo. Incapaz de contenerme cogí una linterna, el fusil de asalto y varios cargadores y a paso veloz me interné en el corredor tras la pista de Gamael. No era difícil, sus huellas estaban claras sobre la alfombra de hongos. Las ratas comenzaron a correr a mi alrededor. Lo hacían en mi propia dirección, ¡todos nos dirigíamos al mismo lugar! Y lo que vi me traspasó el ánimo. Centenares de ellas galopaban hacía el cadáver de mi amigo. Abrí fuego y les causé gran mortandad. Momentáneamente dejaron el campo libre y contemplé horrorizado al pobre Gamael parcialmente devorado. No había sido el basilisco sino un ataque masivo de ratas lo que había acabado con él. Una muerte a todas luces indigna para un cazador. Su fusil de caza reposaba a su lado incapaz de defenderle de las ratas. Lo cogí. Un creciente odio hacia estos animales me empujó a cargar también con su cadáver y llevarlo de vuelta hasta el cercano campamento. Sin volver la vista atrás supe que las ratas me seguían a corta distancia. Aquel muerto era suyo y no estaban dispuestas a olvidarlo. Tuve que hacer un gran esfuerzo para regresar, pero lo hice. La máquina viva no parpadeó siquiera ante el cuerpo destrozado de su amo pero se arrodilló a su lado y no se movió más.

Encendí un gran fuego apilando hongos sobre los que vertí el combustible del farol, y le pedí a la máquina que lo alimentara sin cesar. Hice café y sacando un pequeño zapapico de supervivencia me dispuse a picar el duro suelo para dar a Gamael una tumba que impidiera a las ratas devorarlo, quienes por cierto se mantenían a una distancia prudencial en dos frentes que a veces se intercambiaban efectivos, momento que aprovechaba para largarles una ráfaga y matar decenas de ellas. Sus compañeras las devoraban sin compasión, luego avanzaban

unos metros y me veía obligado a disparar otra vez. La situación no era sostenible durante mucho tiempo. Mi plan consistía en enterrar al pobre Gamael y huir lo más rápidamente posible de allí y regresar al campamento lamiense. —¡Estúpido basilisco! ¡Ahora es cuando debes aparecer! maldije. Un rato después abandoné la tarea por imposible, mi herramienta apenas arañaba el firme. Tomé una resolución, saqué la pistola LXR y apuntando al cuerpo de Gamael lo abrasé hasta dejarlo convertido en cenizas incandescentes. La máquina viva me miraba sin entender. —¡Nos largamos!. Cuando todo estuvo recogido quedé un segundo sopesando que hacer con su hermosa arma de caza. La agarré del cañón y la golpeé contra la pared del túnel hasta romperla. Después le di una rápida mirada a la maquina viva para comprobar que todo estaba en orden y disparando una larga ráfaga contra nuestros repugnantes enemigos, corrimos. Luego de un gran rato me creí a salvo y deteniéndome volví la cabeza iluminando el terreno que habíamos dejado atrás. ¡Las ratas galopaban en formación cerrada a muy corta distancia! Maldije el momento en que acepté formar parte de la cacería. Detrás de mí, la máquina viva resbaló y cayó. Las ratas se disponían a atacarla. ¿Qué me hizo acudir en su auxilio? No me lo preguntéis. Ni siquiera pidió ayuda. Corrí a su lado disparando contra los roedores y terminado el cargador y sin tiempo para recargar la emprendí a culatazos y patadas hasta que ellas mismas me dieron la solución. Había caído parte del equipo y docenas de ellas se abalanzaron sobre los víveres.

—¡Tira la mochila! —grité.

Arrojamos toda la impedimenta y viendo como el tropel se peleaba por un bocado, corrimos de nuevo buscando poner buena distancia por medio. Largo rato después el túnel quedó tranquilo y silencioso. Buscaba sin resultado las huellas de nuestra llegada. Caminaba en zig-zag de lado a lado de las paredes buscando indicios de nuestro paso, pero todo era inútil, parecía que nadie, en cientos de años, había pisado el lugar, tal era la densidad de los hongos. Bebí agua a grandes tragos pero no le di a la máquina viva que parecía indiferente a nuestro previsiblemente trágico destino. En cada bifurcación me hacía la misma pregunta ¿Hacia dónde? Estaba perdido en aquel oscuro laberinto. El tiempo iba haciendo mella en mi ánimo, la máquina viva, ensombrecida por la fatiga, sacaba la lengua entre sus lívidos labios tratando de extraer humedad del ambiente. En un descanso la vi llevarse algunas setas a la boca, las masticaba sin gestos, tragándose las sin esfuerzo. Asistía interesado a su comida, si nada ocurría, los hongos podrían ayudarnos a no desfallecer y encontrar el camino de regreso. Reanudada la marcha no perdí ojo al rostro de la máquina viva. Para mi asombro, ingería grandes cantidades de setas, agachándose al paso. Sólo escogía las más gordas, una especie carnosa y de aspecto succulento. Le quité una y la olí con precaución. Entonces me sonrió. Tenía los ojos iluminados por una viveza ajena a sus diseñadores. Asustado, iba a tirar el hongo al suelo, cuando cogiéndolo me lo ofreció. Al hacerlo se acercó. Sentía su respiración junto a mí. Me retiré bruscamente y arrojé el hongo lejos. ¡Por Gea! la máquina viva sufría algún tipo de transformación. Su rostro de normal apagado por la idiotez que las caracteriza, estaba ahora iluminado de brillos embellecedores. Sonreía enseñando sus dientes de marfil. Yo sabía que estas creaciones tenían blindado sus cerebros a cualquier tipo de injerencia, como por ejemplo psicotropicos, pero indudablemente algo le pasaba. Sin previo aviso me tomó de la mano y tirando de mí se internó en la oscuridad, ligero el paso, casi al trote. Me

dejé guiar y así largo rato hasta que terminado el corredor llegamos a una espaciosa rotonda de la que salían pasadizos como radios de una circunferencia. Era una bóveda de grandes dimensiones. Gigantescas grúas y robots guarnecían el lugar. ¡Estaba salvado! Reconocí el lugar. No muy lejos se encontraba el campamento lamiense. Un gran alivio me elevó la moral. Indudablemente la máquina me había salvado la vida, como Gamael suponía, ella había memorizado el camino. Entonces la máquina viva gritó. En mi euforia no me percaté que la rotonda era el territorio de otra bandada de ratas. Nos rodeaban por doquier. Puse a la máquina viva detrás de mí y pegados a la pared me defendí descargando cargador tras cargador hasta que agoté el último de ellos. ¡Por Gea! Iba a morir ahora que estaba a un paso de la salvación. Con la pistola LXR en la mano abrí un círculo de fuego a mi alrededor. Pero era el final, miles de ellas, chillando excitadísimas completaban el círculo mortal. Entonces la máquina viva se salió de mi protección y se lanzó sobre la formación de ratas no sin antes dirigirme una mirada que yo interpreté como: ¡corre! El corazón me estalló en mil pedazos. ¡No la devorarían! Apunté, y disparé hasta que su cuerpo se carbonizó. Y ya iba a hacer lo mismo conmigo cuando con grandes aullidos descendieron los basiliscos de los oscuros techos y dispersaron a todas las ratas. Los basiliscos se fueron con sus presas en las garras. Y allí quedé derrumbado. Mi vida salvada por una máquina viva alucinada y unos animales tan fríos y cazadores como mi desdichado amigo Gamael. Regresé al campamento lamiense e incluso participé en las victoriosas campañas del Caos contra el reino de Axón, pero jamás he olvidado el rostro de la máquina viva al lanzarse sobre las ratas. Era un rostro humano.

RELATOS PARA DESPUES DE LA ERA DORADA:

PASTO DE RATAS.

De Sáinz-Rozas

El desierto se extendía infinito y calmo y no soplaba nada de viento. La luz era diáfana y pesada. Piedras desgastadas y agrietadas salpicaban la planicie. El cielo era verde, un verde pálido que amarilleaba en el horizonte. Aquí y allá, agostados matorrales ponían una gota de vida. Eran plantas tristes y solitarias, de tallos espinosos y flores pequeñas y azuladas. Dos hombres habían descendido de un vehículo todo-terreno, portaban carabinas de caza y sombreros de fieltro. Caminaban emparejados y silenciosos.

—Qué extraña calma —comentó uno de ellos.

Anduvieron largo rato dejando huellas perfectas en la tierra amarilla, sus figuras apenas destacaban. Ascendieron un pequeño otero y allí descansaron. Cuando se disponían a reemprender la marcha sonó un remoto trueno, y como a una señal, el desierto recuperó su actividad. Se levantó una racha de viento que trajo partículas de polvo. El cazador se frotó los ojos antes de ponerse unas gafas protectoras. La tormenta bramaba en la lejanía. El cazador escupió, descansó la carabina y bebió una trago de su cantimplora.

—Mala suerte... —murmuró.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó su acompañante, el hombre que financiaba la cacería.

El cazador frunció el ceño, tenía las cejas rubias y escasas, la piel muy curtida y el pelo ralo.

—Volveremos al campamento —dijo—. Dentro de poco nos alcanzará —y señaló el amenazador horizonte.

—¿Tan virulentas son? —le inquirió el otro.

—Mejor no espere a saberlo. —Y colgándose la carabina al hombro se encaminó al vehículo.

El viento les abalonaba los pantalones, el polvo ascendía fuertemente impelido y lo nublaba todo.

—¡Espere!

Alcanzaron el vehículo y poniéndolo en marcha rodaron por la estepa. El cazador echaba rápidas miradas a la brújula, su compañero de asiento parecía asustado.

—¿Sabrá encontrar el camino? —le preguntó.

El cazador no contestó, chasqueó la lengua expulsando un grano de arena. La capota del vehículo flameaba como una vela. Se aseguró de que los filtros estaban en orden. Llevaba el sombrero casi en la nuca y algunos pelos muy tiesos le danzaban en la frente. No se sentía obligado a responder a su cliente, su trabajo consistía en llevarlo cerca de una presa y regresarlo sano y salvo. Ese era ciertamente su trabajo, nada más. No es que su cliente, un

adinerado funcionario thubaní, le resultara especialmente insoportable, era lo que representaba: un turista deseoso de volver a su tierra cargado de trofeos de caza. Y en esta cualidad, el cazador, estaba más de parte de la pieza que del tirador. La tormenta de arena había sido providencial. Llegarían al campamento, empacarían y el turista volvería al astropuerto con las manos vacías. La idea le regocijó, incluso perdiendo su prima de pieza cobrada. ¡Al diablo! Las pequeñas satisfacciones valen tanto como el crédito metálico.

Aceleró la marcha, el vehículo daba saltos acompañados de crujidos. Su cliente había sacado un cigarrillo y entre bote y bote trataba de acercar la punta a la llama del encendedor. Aceleró un poco más divertido por sus afanes. La cabeza del encendedor atrapó el cigarrillo y lo rompió. El turista lo arrojó al suelo y desistió de fumar, cruzó los brazos sobre el pecho y resopló.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—Hemos llegado.

Encerró el vehículo en el garaje y le dio varias pasadas con la manguera del aire.

—No hace falta que me espere —le dijo a su acompañante que le observaba desde la puerta.

Este se encogió de hombros, percibía la antipatía del cazador. Se le hacía un personaje extraño. De acuerdo que entre sus funciones no entraba la conversación, pero aquella animosidad le desorientaba. El había pagado sus buenos créditos a la agencia de viajes, y eso le daba ciertos derechos. Abandonó el garaje y llegado a las dependencias domésticas se duchó y se cambió de ropa. Ordenó al criado nativo que le sirviera un cóctel, quien así lo hizo. Se movía éste tan silencioso que había que tenerle la vista siempre encima para saber dónde estaba. Igual que su amo —pensó—.

En el techo, el ventilador murmuraba vuelta tras vuelta incapaz de poner algo de frescor en la sala. Fuera, el viento azotaba los portillos.

Al poco entró Dora, su mujer. Llevaba un vestido ligero y un aparatoso sombrero de un rosa arrebatador. Se acababa de levantar de la siesta.

—¿Qué tal la caza? —preguntó, sin que la respuesta le importara. Se sentó cruzando las piernas, sus esbeltas piernas.

—Se desató una tormenta.

—¡Ah! —y hojeó una revista.

—Al amanecer partiremos.

—Muy bien —respondió sin levantar la cabeza.

Y Adrián, su marido, dejó resbalar la mirada por los artísticos pliegues del vestido de Dora. Admiraba su elegancia, su altivez. En Thubán, donde oficiaba de alto funcionario, Dora le había abierto muchas puertas, no sólo por su origen noble, también por su belleza. Formaban una pareja muy estable, él se encargaba de ganar crédito y ella de gastarlo sin más preocupaciones.

El cazador entró en la sala. Se había desprendido de la guerrera y cercos de sudor enmarcaban la camisa. Arrojó el sombrero sobre el perchero y con buena fortuna lo colgó. Llevaba el pelo muy corto y la morena piel del cráneo se le clareaba. Hizo un gesto de reconocimiento ante la presencia de la dama y acercándose al bar se sirvió un doble de licor.

—¿Le importa servirme uno? —le pidió Dora.

El cazador le entregó la copa.

Dora vio sus manos huesudas y fuertes, surtas de pelo rubio. Algunas cicatrices le corrían desde los nudillos.

—¿No hubo suerte? —le inquirió Dora.

Ninguno de los dos respondió. Dora pasó sin mirarlas varias hojas de la revista, se alisó la falda y volvió a cruzar las piernas. El cazador la observaba por el rabillo del ojo. Le gustaron sus piernas, pero despreció el sombrero. ¡Dónde se cree que está! El criado nativo apareció con una bandeja: un tentempié hasta la hora de la cena.

—¡Jon! —dijo dirigiéndose al cazador, pues Jon era su nombre.

—¿Qué ocurre?

—¡Gran Tormenta! —exclamó pronunciando las palabras con dificultad. A los nativos lamienses les resultaba muy difícil el demótico.

El cazador dejó su vaso casi terminado y salió de la estancia.

—No parece muy hablador —dijo Dora cuando quedaron solos.

—No le sacarás una palabra que no sea estrictamente necesaria —contestó su marido.

—Debe ser el desierto.

—Nos marchamos mañana, aunque con las manos vacías. Me hubiera gustado tirarle a un diamodonte, ¡ah!, sí que me hubiera gustado hacerte un collar con sus dientes.

Adrián, el rico funcionario de vacaciones rió. La idea de pasear por Thubán con su mujer luciendo el deseado collar, le complacía. ¡Mala suerte!

El cazador regresó. Había subido al observatorio y lo que vio le tenía preocupado, el centro de la tormenta se

aproximaba inexorable. La noche iba a ser movida.

—¿Alguna novedad? —quiso saber Adrián.

—La tormenta se acerca.

—¿Hay peligro? —preguntó Dora.

—Veremos...

—Explíquese —le pidió Adrián.

—Si la turbulencia pasa a baja altura, no habrá problemas, mas si nos coge alguno de sus brazos externos, habremos de evacuar.

—¿Evacuar? —musitaron.

—Los bordes de la tormenta giran a gran velocidad sobre un núcleo más calmo, vientos fortísimos cargados de arena y piedras.

—¿Ocurre muy a menudo?

—Nunca se había acercado tanto —respondió Jon mientras se servía otro vaso de licor.

—¿Dónde nos evacuaría?

—Al pueblo más cercano. Desde allí pueden tomar un aerovehículo hasta el astropuerto. Mientras tanto, cenaremos. He ordenado a mi ayudante que empaque los útiles necesarios para caso de evacuación.

Durante la cena apenas conversaron, la tormenta arreciaba y en el silencio de la sala los múltiples sonidos del aire batiendo la edificación no presagiaban nada bueno. Dora trató de animar el ambiente con algunas observaciones o preguntas relativas a la vida en un puesto avanzado del desierto, pero Jon se limitaba a repetidos monosílabos que desanimaron a la hermosa dama. Terminada la comida, el cazador volvió al observatorio.

Mientras saboreaba un grueso cigarro, Adrián le expresó a su mujer ciertas aprensiones que le embargaban.

—¿Cómo qué?

—Es esa frialdad que usa, casi me asusta más que la tormenta.

—Es curioso —reflexionó Dora—, a mí me inspira confianza, seguridad.

—No dudo que sepa hacer su trabajo, pero me temo que le importamos menos que su carabina.

Dora no contestó, por una parte temía que los elementos se desataran y les causaran algún daño, por otra, los peligros ponían en sus pensamientos una nota de atractivo riesgo. Ella era una thubaní, no un vulgar protegido,

una dama de noble y probada familia.

Se terminó la infusión sin prisa e imitando a su marido encendió un largo y lujoso cigarrillo, exhalando el humo con elegancia. Todo en ella era distinguido, desde la punta de sus zapatos de piel hasta el último bucle de su espléndida melena.

—Pese a todo —dijo—, han sido unas vacaciones agradables. Hemos visitado Axón, Koro, Uter —aquí hizo un inciso para traer a su recuerdo la feria de Dionysos—, y finalmente Lamia, este pedregal de exóticos animales.

—Espero que las vacaciones tengan un buen final —sentenció Adrián.

Jon hizo su aparición, se había endosado la guerrera y un pañuelo de color indefinido al cuello. Atrapó el sombrero del perchero y dijo:

—Vayan a su habitaciones, seleccionen lo más imprescindible y cámbiense de ropa, nos vamos.

—La tormenta viene, ¿no es así? —musitó Adrián.

El cazador asintió con la cabeza:

—Me temo que esta es una Gran Tormenta, viene a pasos de gigante. Me veo en la obligación de advertirles que quizá no hallen transporte en el pueblo.

—¿Qué quiere decir?

—Los nativos tienen sus propios sistemas de alerta, saben con antelación cuando se trata de una tormenta corriente o de una gigantesca. Encontraremos el pueblo vacío.

—¿Entonces?

—Hay otra posibilidad. Refugiarnos en los blocaos, fortificaciones abandonadas de la marina imperial. Algunas entradas permanecen abiertas.

—¿Estaremos seguros? —le espetó Adrián sin demostrar enteramente la irritación que le acometía por la imprevisión de la agencia de viajes.

—Supongo, aunque no conozco a nadie que haya entrado en ellas.

—¿Ha solicitado ayuda? —quiso saber Adrián.

—Desde luego, pero no espere que nadie destaque un aerovehículo en estas condiciones.

—¿Pero les ha dicho quiénes somos?

—No.

—¡Vuelva a pedir ayuda indicando que Adrián Gore y su esposa Dora Hone, ambos ciudadanos thubanís, necesitan un aerovehículo con urgencia!

Jon se sonrió. ¡Imbécil! —pensó. Y le respondió con ironía:

—No estamos en Thuban. Aquí su vida vale lo mismo que la de cualquier otro.

—¡Déjeme hablar con el gobernador axonita! —gritó Adrián.

—No sea ingenuo. El gobernador y todo el personal de Axón ha sido ya evacuado.

—¡Pero... Esto es inaudito!

En un momento comprendieron lo desesperado de su situación. Salieron a cambiarse. No parecían asustados y menos la mujer. Jon se fue al garaje y ayudó al criado a cargar el vehículo. Mantas de supervivencia, agua, raciones y otros adminículos, amén de su rifle de caza.

El criado se llamaba Algacel, o al menos así quería que lo llamaran. Con los lamienses nunca se sabía. Pertenecía al clan de los Balic, los señores del desierto. Quizá por el contacto con extranjeros, se había rapado el pelo y la barba que tan largos suelen llevar los habitantes de Lamia. Era un tirador excepcional como es norma en una tierra de caza. Poseía un viejo fusil del que raramente hacía uso, pero cuando la hacía la presa era segura. En una ocasión, Jon le había sacado de un grave apuro y si bien no se podía decir que había salvado la vida del lamiense, Algacel le estaba agradecido. Se llevaban bien, y ello era precisamente porque cada cual sabía qué lugar ocupaba, cuál era su labor y qué palabras había que pronunciar cuando era preciso. No eran generosos con la lengua, los discursos se quedaban para los estúpidos turistas y sus amantes.

Tenían casi terminada su labor cuando compareció la pareja. Venían arrastrando las valijas. Algacel abrió los ojos con sorpresa. Jon desvió la vista antes de soltar un exabrupto.

—Es nuestro equipaje —se disculpó Adrián.

Jon negó con la cabeza, buscó un saco de lona, le sacudió el polvo, pues había servido para guardar grano híbrido y dijo:

—Abran sus maletas, haré una selección.

La pareja dudaba. Dora tenía un aire adusto.

—¿Por qué no prueba si entra todo? —y señaló el vehículo.

—¡No! —Fue la seca respuesta del cazador.

Las abrieron. Salieron al aire vestidos de seda, zapatos de tafilete, polveras de marfil, enaguas delicadas, prendas íntimas, peines de carey, recuerdos de lugares ya lejanos, trajes de pura lana del Armistán...

Jon separó a su gusto una ropas de otras, no sin que Dora sintiese cierto rubor cuando las manos endurecidas del cazador apartaron sin miramientos satenes, puntillas y brocados. Allí quedaron en un montón los adornos preciosos de la piel suave de una egregia dama thubaní.

Montaron en el vehículo. La pareja se instaló en los asientos de atrás. Dora se sentía algo decepcionada, no sabía muy bien por qué, pero estaba acostumbrada a que los hombres no perdieran su cortesía aun en los momentos difíciles. Aquel cazador era demasiado seco. Seco como el día del desierto y frío como su noche.

Se alzó el portón y rodaron dando tumbos hasta que remontaron un pequeño talud que bordeaba la cinta de tierra apelmazada que conducía al pueblo lamiense.

Jon pisó el acelerador. Consultaba a ratos su reloj y buscaba los ojos de Algacel que invariablemente se limitaba a asentir con la cabeza.

Un persistente ruido todavía en sordina les perseguía. La clara noche lamiense estaba preñada de polvo y cada cierto tiempo debían limpiar el parabrisas. Matorrales del desierto cruzaban la carretera arrancados de cuajo y venidos quién sabe de qué lugar. Algunas piedras menores golpeaban la capota e imprevistas pero violentas ráfagas de viento la hacían temblar. Por las ventanillas, los montículos terrosos, las rocas cuarteadas, los matojos raquíuticos, pasaban como una exhalación. Una rata canguro cruzó la pista de improviso. Jon ni siquiera hizo acción de frenar, se estampó contra el parachoques haciendo estremecerse al vehículo.

—¡Ay! —gimió Dora, pero avergonzada apretó fuertemente los labios.

Adrián le tomó de la mano, sin embargo ella se soltó. Iba muy incomoda y algunos bártulos le dañaban con el traqueteo. Repentinamente, una racha de viento más fuerte levantó el vehículo del suelo llevándolo de lado a lado de la pista. Jon pudo hacerse a duras penas con el volante.

—Ya está aquí —masculló.

Algacel asintió. El ruido se hizo atronador, se comió todos los demás sonidos. La capota parecía estar a punto de salir arrancada. Jon se aferró al volante, pero la dirección se le iba de las manos. Entonces se rasgó la capota, el viento se metió dentro y les cegó. ¡Agárrense!, gritó Jon antes de perder el control. Las ruedas derechas se levantaron y el vehículo se salió de la carretera. Adrián gritó, algo le había golpeado la frente, la sangre le cubrió la vista. El vehículo giró sobre sí mismo y se paró.

El viento azotaba el chasis, aunque afortunadamente ofrecían la parte más resistente. Jon trató de arrancar nerviosamente. La pareja se encontraba medio oculta por los fardos.

—Estoy herido —se quejó Adrián. Tenía toda la cara llena de sangre.

Los cascotes chocaban contra la carrocería. Buscaron el botiquín y Algacel vendó la frente de Adrián. No era nada de gravedad, una brecha de un par de centímetros.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dora con entereza.

Jon apartó un bulto que aprisionaba a la dama, se quitó el pañuelo del cuello y se lo entregó a Dora para que se protegiera la cara. El pañuelo olía añejo.

—Aguantaremos hasta que amaine el viento. Las tormentas tienen lapsos, entonces saldré fuera y trataré de arrancar. Después seguiremos.

—¿Está muy lejos? —preguntó Adrián.

—Un par de horas —respondió. Y le mandó a Algacel que intentara componer la capota.

Lo que era del todo imposible. El viento impedía siquiera juntar los bordes. Se habían subido los pañuelos hasta la nariz y puesto gafas protectoras. El polvo aún así les martirizaba el rostro. Jon extrajo una licorera y bebió un largo trago, se lo pasó a Algacel que tras beber se lo ofreció a Adrián, quién rehusó. El lamiense tenía los labios tan rojos...

Una gran piedra hizo impacto contra el vehículo, rebotó y fue a golpear nuevamente en una rueda para rodar algunos metros sobre el terreno. Algo húmedo le roció el cuello a Jon. Entraba por debajo del asiento como un fino surtidor.

—¡Combustible! —se dijo el cazador al olerlo—. Tenemos el depósito perforado.

—Malo... —dijo Algacel.

—¡El diablo nos asista! —blasfemó Jon. Y fue la primera vez que a Dora le pareció humano el cazador.

Taponaron la fisura con una masilla, pero aún seguía chorreando levemente.

—Aguantemos —dijo Jon—. Pronto cesará el viento, las tormentas de arena son como las norias, se detienen para tomar peso.

Así fue. El viento se calmó, aunque no enteramente. Jon salió fuera del vehículo, la arena se le clavaba en la ropa. Algacel salió también para ayudarlo. Jon se dio cuenta de que habían sobrevivido de milagro, por una azarosa fortuna, una gran roca les protegía del huracán.

—¡Hay que arrancar este trasto como sea! —le chilló casi al oído al lamiense.

Mientras Algacel sostenía el capó, Jon revisó el motor. Todo estaba en orden. Se encaramó al asiento y le dio al contacto, nada, probó otra vez, tampoco. Blasfemó, saltó del vehículo y levantó el capó imprudentemente. El viento lo arrancó pero antes le golpeó en el hombro. El cazador cayó al suelo y fue arrastrado. Rodaba como si fuera un poste de madera. Algacel corrió detrás casi a cuatro patas, alcanzó al desmayado Jon y tras duro esfuerzo lo subió al vehículo.

Adrián y Dora permanecían estupefactos. El lamiense resoplaba por el esfuerzo, tenía los ojos casi cerrados, rechinaba los dientes y maldecía en su lengua materna. Después se sentó al volante y dio al encendido decenas de veces hasta que un ronroneo agónico seguido de sucesivas explosiones lo pusieron en marcha. Algacel conducía como un loco, esquivaba los baches y los montículos con escasa fortuna, poniendo a veces el vehículo casi de lado. Daba volantazos contra el viento corriendo en zig-zag para que su fuerza no les ciñera. La cabeza de Jon se bamboleaba inerte y hasta llegó a golpear contra el parabrisas, pero Algacel no cedió en su empeño, sólo tenía ojos para adivinar los accidentes del terreno que los focos apenas dibujaban. Ni una sola vez volvió la vista para ver si sus pasajeros seguían en sus asientos. Dora tenía las manos moradas de apretarlas contra la barra de seguridad. Las gafas se le habían desplazado de los ojos pero no se atrevía a soltar una mano y colocárselas. Por este motivo cerraba fuertemente los ojos, la arena que entraba por la rota capota golpeaba sus párpados con una persistencia agotadora. Gruesas lágrimas se le escapaban con fuerza. El huracán se las llevaba. Lágrimas de una dama thubaní.

El terreno se hizo más abrupto y hubieron de aminorar la velocidad. Una cadena de romas colinas se perfiló durante el instante que los focos las barrieron. Al poco entraron en un cañón donde el polvo ascendía en remolinos hasta perderse en el cielo de la noche. Algacel detuvo el vehículo.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Adrián, y la voz le salió tan aguda y débil que Algacel no le entendió. Reanimaron a Jon.

—Ahora a pie —dijo el lamiense.

El cañón soplaba, aullaba a la tormenta. Estremecía su poder. Cargaron con la impedimenta. Algacel repartió el peso de acuerdo a su personal criterio, a Dora le entregó el saco de lona con las pertenencias de la pareja. Se colgaron linternas del cuello e iniciaron la marcha. Una dura y dolorosa marcha, martilleados por el tronar de las chimeneas rocosas y azotados por las enfiladas, donde el viento rompía contra las paredes del cañón ascendiendo luego cargado de arcilla, arena y polvo. Más de una vez hubieron de detenerse ante una caída o un fantasmal traspié a la poca luz de las linternas.

Jon resoplaba exhausto, a cada inspiración las costillas se le clavaban en el corazón. Sólo Algacel, incansable, gigantesco de ánimos, les impelía a seguir. Adrián gemía involuntariamente, la garganta se le accionaba sola y los dientes le crujían al masticar la arena de Lamia. Al cruzar una descubierta, rodaron los cuatro y el equipo se les fue de las manos, las linternas dieron saltos como luciérnagas metálicas y las mantas huyeron lejos hasta tapizar las laderas peladas. Algacel les llevó a una hondonada a barlovento, les arrastró de las manos, de los pies, de los cabellos, hasta dejarlos en lugar seguro, después regresó para rescatar parte del material. hizo un hatillo con lo que encontró y sin detenerse a más explicaciones les hizo levantarse y caminar, caminar, caminar...

Un poco más tarde, mediada la noche, encontraron una de las bocas del blocao. Algacel iluminó el interior. El viento silbaba contra las paredes de hormigón. La entrada era perfectamente regular y con una moldura circular que en su día había servido para sujetar la compuerta que descansaba caída a unos pocos pasos. Un escalera de

hierros recibidos en el cemento conducía al interior de un profundo pozo al que no vislumbraron fin. Lanzaron un piedra y contaron los segundos hasta que chocó. Unos cuarenta metros, se dijeron. Y Adrián se estremeció.

Algacel fue el primero en iniciar el descenso, se ató los bultos a la espalda y se internó en el negro pozo. Le siguió Adrián no muy seguro, después Dora y finalmente Jon. Hacía frío en el pozo y todos temblaron. Descendieron largo rato en el que sólo se oían sus respiraciones entrecortadas. A veces, Jon se detenía dolorido, pasaba el brazo sano por el barrote y se dejaba descansar. Algacel llegó al final, un amplio túnel que se internaba en las entrañas de la tierra. Se dejaron caer sobre el suelo y respiraron aliviados. El azote del viento les había cuarteado la piel y la cara les escocía y los ojos lloraban. Bebieron agua de la cantimplora que Algacel había salvado pero no pudieron tragarla, tenían la boca llena de arena.

Les amaneció apretados y envueltos en un par de mantas. Con buen tino se habían apartado de la boca del pozo, pues considerables pedruscos caían desde la superficie, donde la tormenta persistía con ferocidad. A la marchita luz que desde la entrada les llegaba contemplaron sus rostros demudados. Bebieron agua con religiosa medida y se comieron una ración de supervivencia. Nadie habló durante un largo rato. Cuando al cabo se sintieron más reconfortados decidieron explorar el túnel. Antes, Jon hizo un recuento del escaso equipo: su rifle de caza y algunas municiones, un par de linternas, dos mantas, una cantimplora mediada, raciones para un par de días y, ¡oh!, caprichoso azar, una licorera con brandy.

Algacel hizo un fardo que se colgó a la espalda, Jon se terció la carabina y Dora y Adrián les siguieron. Utilizaban una sola linterna para economizar, que, siendo de excelente factura, proyectaba un haz a gran distancia. El túnel se extendía interminablemente recto, y sus paredes, lisas y ligeramente más altas que un cuerpo humano, no presentaban indicios de antiguos usos, sin duda se trataba de un corredor que accedía a una salida de emergencia, justamente por donde ellos habían entrado. Habrían andado un par de kilómetros sin ninguna novedad cuando el túnel se dividió en dos ramales exactamente iguales y normales entre sí. En esta circunstancia, Dora puso en duda la utilidad de la exploración, a su entender debían limitarse a esperar el fin de la tormenta, regresar al vehículo y dirigirse al astropuerto. Fue entonces cuando la dama thubaní supo de labios de Algacel lo desesperado de la situación.

—La gran tormenta dura semanas, incluso meses.

Momento que Adrián aprovechó para explayarse, arremetiéndolo contra la irresponsable agencia de turismo para la que Jon y Algacel trabajaban. El cazador se detuvo frente al funcionario, le dominaba desde su mayor envergadura. Antes de contestarle movió varias veces su hombro herido.

—Amigo mío —dijo finalmente—, hemos causado baja.

—¡Explíquese!

—Las tormentas de arena son cosa corriente en el desierto lamiense, hay un par de ellas en cada estación. Pero

la Gran Tormenta es impredecible, varios años, un lustro. No hay manera de saberlo. Sólo he conocido una además de esta. Arrasó la mitad del continente, llegó a las ciudades y las cubrió de arena. Los lamienses no pierden el tiempo en desenterrar sus ciudades. Se tarda menos en construirlas nuevas. Dentro de unos días, la boca por donde hemos entrado quedará anegada, el cañón por donde vinimos desaparecerá y el desierto habrá ganado miles de kilómetros cuadrados. Así una y otra vez hasta que Lamia sólo sea un inmenso arenal.

—¡Isa nos asista! —musitó Dora.

—Por eso debemos explorar el túnel —terminó Jon.

—¿Pero qué buscamos?

—No lo sé, nunca he estado aquí.

Adrián se desesperaba.

—Pero... ¡No podemos pasar aquí varias semanas! ¡Nos moriremos de hambre! ¡De sed!

—Confíe, confíe —intervino Algacel con su inexpresivo acento—. El túnel es grande, nadie lo conoce entero —y sonrió enseñando unos dientes blancos y afilados.

—¡No confío en nadie! —se alteró Adrián—. ¡No voy a pasarme la vida vagando por un fortín subterráneo! —y le sacudió una patada a la pared de hormigón.

—Quizá sí —masculló Jon con una sonrisa sardónica. Escupió y sacando la licorera la terminó de un golpe. La estuvo mirando mientras chasqueaba la lengua y dijo:

—¡Qué pena! —y la tiró lejos.

El eco de la plata se perdió a sus espaldas. Algacel meneó la cabeza con censura.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre? —le recriminó Dora.

Y sin mediar más palabras, Jon se internó por el ramal de la derecha. ¡Qué más daba uno que otro! Le siguieron silenciosos y así caminaron varias horas sin que el nuevo túnel variara en lo más mínimo u ofreciera otros caminos. En la circunstancia de su infortunio, a Dora se le vinieron a la cabeza pensamientos exaltados. ¡Qué absurdo era todo! Unas horas antes sus preocupaciones se centraban en el viaje que pondría fin a sus vacaciones. Ahora, una tormenta desusada les abocaba a una muerte estúpida, una muerte falta de toda elección. Y en esta suerte, los comportamientos humanos cobraban su verdadera apariencia. No había nada con qué valorarlos, únicamente la cercana presencia del fin. Eran inútiles las palabras y los gestos, la apostura y la teatralidad de la vida, la elegancia, los modales, todos estos artificios perdían sentido, a la par que los instintos nacían en los miembros, en los rostros, tomando el cuerpo de la desesperación. Y tuvo miedo a morir, al túnel y a sus propios compañeros. Delante de ella caminaba Adrián, era el más débil de los cuatro, bien lo sabía Dora. De haber una

primera víctima, sería él. Sus mismos andares era vacilantes, indecisos, apocados, predestinados. Unos pasos más lejos iba Jon, el cazador. En su mirada, Dora adivinaba una decisión intrigante. El brillo de los hombres que teniendo un pasado penoso en nada temen al futuro. Se lo imaginaba caminando sin detenerse hasta el preciso instante de caer muerto, y en semejante tesitura, escupir con desprecio, con el rictus de los hombres que, sin saber por qué, se exigen a sí mismos ser héroes en cualquier situación.

Pero el túnel volvió a dividirse. Jon tomó el ramal de la izquierda. Se encogió de hombros y a la oscilante luz de su linterna se internó en la terrible oscuridad. Adrián se detuvo en el cruce. Le brillaban los ojos como a un gato.

—¿Pero qué es lo que buscamos? —exclamó a trompicones.

Le miraron. Algacel bajó la vista, no tenía respuesta. El cazador descansó la carabina y se dejó deslizar por la pared hasta quedar sentado.

—Buscamos algo —murmuró. E hizo un gesto con la mano para que se tomaran un descanso.

—¿Algo? —repitió Adrián dejándose caer en el suelo—. ¡Por Isa! Sáquenos de aquí. Volvamos al desierto. Es preferible a esto.

Algacel negó con la cabeza. Dora se sentó, tenía sed y le pidió la cantimplora al lamiense, quien al dársela le rozó las manos involuntariamente. Dora las retiró bruscamente, Algacel abrió los ojos sorprendido por el gesto y al mirarse ambos en la escasa luz, Dora se sintió ridícula.

—¿Nadie me va a responder? —preguntó Adrián con un hilo de voz.

Jon apagó la linterna. Había encendido un cigarrillo y en la oscuridad la brasa era la única presencia viva. La negrura era insondable, cayó sobre ellos como un pesado ropaje sobre sus hombros, sus cabezas, sus manos. Sintieron su tacto estremecedor, el contacto de la nada.

—¡Encienda, por favor! —pidió Dora—. No puedo soportarlo.

—¡Chisst! —ordenó Jon, porque había oído un ruido.

Sus corazones se aceleraron. Algo pasó a la altura de sus cabezas batiendo alas. Jon encendió la linterna, pero sólo pudieron verlo un instante. Desapareció como había llegado.

—¡Qué era eso! —preguntó Adrián.

—Desde luego no era un murciélago, no los hay tan grandes le respondió Jon.

—¿Qué opinas, Algacel? —le preguntó al lamiense.

—Un basilisco —le contestó.

—¿Y ése, qué animal es? —le inquirió Adrián al nativo.

—Uno mutante, creado por la Compañía Exobiológica para el control de plagas —contestó el mismo Jon—. Los he visto en otros planetas. Aunque ignoraba que se pudieran adaptar a la completa oscuridad.

—No es mutante —aseguró Algacel muy serio—. Es un animal propio de Lamía.

—¡Aquí no había nada antes de que la Exo lo adecuara para la vida humana! —exclamó Jon con cierta irritación.

—No, Jon —le respondió Algacel—. Es el dragón lamiense.

—En cualquier caso, comida —sentenció el cazador.

—No, no —volvió a porfiar Algacel—. El basilisco es sagrado en Lamia.

—Eso lo decidirán nuestros estómagos. ¡En marcha! —ordenó.

El cazador accionó el cerrojo del fusil y metió varios cartuchos. Lo hizo con ademanes precisos. Algunas horas después alcanzaron una gran sala rectangular cuyas paredes estaban recorridas de tuberías y grandes conductos presumiblemente de la ventilación pues el aire era más puro. Jon golpeó las tuberías con la culata del arma. El eco les devolvió los sonidos en una escala más aguda.

—¿Qué es lo que busca? —se interesó Adrián.

—¡Agua!

La encontraron. Una toma que al abrirla dejó salir un alegre pero tintado caudal.

—No parece potable —observó el funcionario.

—Espere.

Poco después el agua clareó para terminar diáfana como la de los arroyos de montaña. Llenaron la cantimplora. Y cuando Jon quiso cerrar la salida se quedó con la manija en las manos.

—¡Al diablo! —dijo. Y siguió caminando.

El borboteo les acompañó un trecho. Antes de abandonar la sala, Jon hizo unas marcas en la pared. Fue entonces cuando volvieron a oír el aleteo. Jon se llevó el dedo índice a los labios. Se apretaron contra la pared y enfocaron ambas linternas al techo. Vieron al basilisco y no pudieron relacionarlo con nada parecido. Jon disparó. El estampido casi los dejó sordos al multiplicarse en cada pared. Pero fue el desgarrado chillido del mutante herido lo que les paralizó. Revoloteó un instante casi al alcance de sus manos y se temieron un ataque, incluso Jon se agachó atemorizado. El animal debía tener más de dos metros de envergadura, una lengua bífida le salía del pico y de su abdomen manaba sangre. Luego remontó unos metros y dejando tras de sí una lastimera estela de chillidos, desapareció. La visión fue espantosa.

—¡Isa! —musitó Dora mientras todavía se oían los aullidos del mutante.

Al enfocar casualmente el suelo de la sala, Jon distinguió unas gotas de sangre, se acercó y mojado un dedo la olisqueó. Era roja y espesa.

—¡Por favor! —le pidió Dora.

Pero el cazador no le hizo caso, incluso parecía divertido. Se llevó el dedo a la lengua para probarla.

—No es peor que otras —se dijo. Y tenía un mirar que les impresionó.

Algacel había contemplado la escena demudado. El horror se dejaba traslucir en sus ojos. Cerró las mandíbulas de golpe en un gesto que a Adrián le asustó.

—Tarde o temprano dejará de volar —anunció Jon—, sigámosle.

—¡No! —gritó Algacel.

—¿Por qué no?

—El dragón lamiense es sagrado.

—¡Carne, tendones y huesos! —le corrigió el cazador.

Y como el nativo le estorbara el paso lo desplazó sin miramientos.

—¡Vamos! —ordenó.

Y abandonando la gran sala avanzaron por un amplio corredor que superaba en mucho las dimensiones de los anteriores. A ambas paredes y a media altura descansando sobre anchos voladizos se encontraban raíles que sin duda habían servido en su día para algún tipo de tren. Corrían a todo lo largo del túnel. Decidieron seguirlos en espera de que les condujeran a instalaciones más importantes.

Adrián caminaba en último lugar. Un notable desasosiego le embargaba, era la opresión de la oscuridad y de las paredes del corredor. Una parte de su cerebro se negaba a aceptar aquella situación, una parte que buscaba a cada momento la forma, la excusa para salir de allí y que ineludiblemente se encontraba con un hecho: él sabía que fuera del blocao se desarrollaba un huracán de proporciones gigantescas. Se encontraba cansado y muy irritado. Era pueril achacar las responsabilidades a la agencia de vacaciones que les había traído a Lamia, pero el odio que empezaba a sentir por Jon se agarraba con desesperación a ese pensamiento. Sin darse cuenta buscaba un culpable, alguien a quién sacrificar a su ira de importante funcionario. Y ese era el orgulloso Jon. Desde un principio le había parecido un tipo peligroso, uno de esos aventureros que pueblan los lugares más desolados de los planetas porque son incapaces de convivir con el resto del género humano. ¡Ah!, si consiguiera salir con vida de esto, entonces iban a saber quién era él. Repentinamente se detuvo.

—¿Pero por qué hemos de seguirle? —gritó.

Se pararon y le miraron extrañados. Incluso Dora se asombró de su reacción.

—¡Por qué! —insistió.

Jon se acercó, el rostro del cazador era lo suficientemente inexpresivo como para temerle.

—Puede quedarse aquí si quiere.

¡Eso haré! —contestó en funcionario sentándose en el raíl.

Dudaron un momento. Dora le pidió que siguiera.

—¡Levántese! —le ordenó Jon. Y no contento con eso le agarró de las ropas y lo alzó a pura fuerza.

—No vuelva a detenerse —le dijo el cazador muy cerca sus dientes de la cara de Adrián.

—Suélteme... —pidió éste.

Jon le empujó hacia delante.

—Vaya primero.

En un determinado momento comenzaron a sentir un penetrante olor, las vaharadas aumentaban a cada paso.

—¿Qué puede ser? —se preguntaron.

El túnel desembocaba en una rotonda circular de considerables proporciones. Al iluminar comprendieron el motivo del olor. Estaba literalmente sembrada de guano, un guano negro que tapizaba el suelo y enmascaraba algunos bultos. Cedía levemente bajo sus pies y su olor les traspasaba. Jon iluminó la alta bóveda, buscaba a los animales responsables, pero no halló ninguno.

—¿Se han fijado? —advirtió Dora—, crecen hongos en el guano.

Pero al ir a arrancar uno, algo le rozó, algo peludo y pequeño que rápidamente desapareció.

—¡Ratas! —dijo con asco. Y se limpió la mano con la manga.

De la rotonda salían nuevos túneles. Algunos estaban obstruidos por derrumbamientos. Gigantescos bloques formando un caos impenetrable. Encaramado a un conducto regado de negro guano se encontraba el basilisco herido. Sus ojos despedían dolor, al verlos chilló, un grito agónico que casi adivinaba el futuro que le esperaba. Jon se llevó la carabina al pecho metió una bala en la recámara y apunto.

—¡No lo hagas! —le pidió Algacel, y se interpuso en la trayectoria.

—No lo mate —dijo también Dora—. ¿No ha oído su lamento? ¡parece casi humano!

—¿Prefieren morir de hambre? —les preguntó el cazador bajando el arma.

—El basilisco no es comida —le reprochó Algacel.

—De todas formas va a morir —dijo Jon con certeza.

Como si les hubiera oído, el animal chilló otra vez, le brillaban los ojos inmóviles. Jon se sentó sobre un bloque desprendido, al hacerlo aplastó algunos hongos que crujieron. Su olor agrio y regustoso le intrigó. A sus pies crecía uno de aspecto succulento. Lo arrancó con facilidad y lo examinó. Era carnoso, de grueso tallo y consistente testa.

—¿Será comestible? —se preguntaba.

La respuesta, o al menos parte de ella, la tuvo un poco más tarde. Habían repartido el resto de sus raciones y comido, apenas sobraba para otro día. El olor del guano ya no les molestaba tanto y un ligero sopor les acometía sentados no muy lejos del mutante herido. Jon escucho entonces un débil run—run, los afanes de un diminuto ratón devorando un hongo.

—Si a ellos no les hace mal, a nosotros tampoco, —murmuró contemplando al múrido.

Todos menos Algacel comieron de los hongos. En un primer bocado amargaban, pero pasado este trago, la lengua se hizo deliciosa y la deglución ansia. Cedían bajo la presión de los dientes como un agradable magro, y en el trasiego, los hongos se convirtieron en manjares. No tardaron en reír y animar al lamiense a que les imitara, pero éste, cogiendo una linterna les informó que daría una vuelta de inspección. Allí quedaron los tres, riendo tontamente y sin reparar en la estremecedora escena que componían.

Estaba el cazador sentado con la carabina en su regazo, se había desabotonado la camisa y a la luz de la linterna que del cuello le colgaba, el vello rubio de su pecho parecía incendiarse. Al dirigir la vista al basilisco creyó ver en su cabeza una expresión humana, sólo fue un momento, pero le sirvió de acicate para levantarse y acercarse al animal. El cual no se movió. Llegado a su altura, Jon se plantó en jarras con el fusil terciado en su brazo. Balanceó las caderas y buscó los ojos del mutante.

—¡Qué demonios crees que estamos esperando! —le espetó al basilisco.

El animal movió tembloroso sus grandes alas membranosas.

—¡Estas listo! —exclamó Jon señalándole con el dedo y enseñando sus fuertes dientes.

—¡Déjelo en paz! —le gritó Adrián desde un extremo de la rotonda.

Al cazador, el funcionario le pareció un hombre diminuto, con una cabeza muy grande y unas manos larguísimas y delicadas. Un poco más desplazada estaba Dora, quién, ¡por todos los dioses!, se estaba desprendiendo de la ropa.

Dio unos pasos de baile, se agitaron sus formas y se tumbó sobre una gran piedra tapizada de guano que se encontraba en el mismo centro de la rotonda. Dora tendió los brazos a los lados. Una alucinada emoción le hacía creer que se encontraba en el lugar de su propia muerte.

El cazador estalló en carcajadas.

*"Tu alma se encontrará sola a sí misma
en medio de los oscuros pensamientos
de las piedras de un tumba gris..."*

Recitó Dora en un siseo entrecortado.

—¡Iblis se lleve toda la cordura! —gritó Jon, y soltando bruscamente la linterna se acercó.

Esta se apagó y quedaron completamente a oscuras. Sin embargo sus ojos despedían chispas. Jon atrapó la cabellera de la dama y alzó su cabeza con rabia. Ella cerró los ojos, y entonces Jon la besó ferozmente.

Volteó a la dama poniéndole la espalda contra su pecho y separando sus nalgas la tomó sobre la gran piedra, arañando sus senos y mordiendo su nuca. Y ella no se resistió, gruñía como un felino a cada uno de sus envites. Adrián miraba la escena paralizado. Todo fue muy rápido, se oyó un jadeo estertóreo y ambas figuras quedaron inmóviles sobre el lar. Entonces sonó un disparo como un trueno poderoso. Era Adrián, que había hecho fuego sobre el cazador. El basilisco agitó las alas, tomó impulso y emprendió un vuelo lento e inseguro por una de las negras bocas de la rotonda.

Jon dudó unos instantes.

—¡Se va! —murmuró.

Y separándose de Dora y con los genitales al aire alcanzó al funcionario y le golpeó con el dorso de la mano derribándole. Cogió el arma, encendió la linterna y desapareció por el túnel con la intención de acabar con el basilisco. Adrián y Dora quedaron solos y en la más completa oscuridad. No hablaron hasta que Algacel les iluminó al regresar alertado por el disparo. Los ojos de éste se abrieron desmesurados al ver a la dama.

Adrián le señaló la boca por la que el cazador había entrado.

—Lo va a matar... —dijo en un suspiro.

El inconfundible eco de varios disparos les llegó en ese momento. Sin pensarlo se internaron en el túnel. No caminaron mucho, el corredor les condujo hasta una pequeña sala. En el centro se encontraba Jon, se cubría la cara con las manos y toda ella era un charco de sangre. A un lado vieron el cadáver del basilisco, un disparo había destrozado su cabeza. Pero fue al acercarse cuando la visión les hizo temblar de horror. De las garras del animal

colgaban sostenidos por un gelatinoso hilo, los ojos de Jon.

Y en ese momento Jon gritó, un aullido de bestia herida que se extendió por los túneles del blocao. Y al quitarse las manos de la cara vieron su cuencas sangrantes y vacías.

—Volvamos... —musitó Algacel. Y regresando sobre sus pasos dejaron al cazador a su destino.

Algacel condujo a la pareja por galerías y pozos que no habían hollado anteriormente. Ni una sola vez dudó en su camino. Finalmente arribaron a unas grandes dependencias de altísimo techo, donde a la luz de unas hogueras, Adrián y Dora contemplaron con sorpresa un campamento de nativos lamienses.

—Mi pueblo —dijo Algacel—. Los Balic.

Quienes al verlos llegar dieron grandes muestras de alborozo. Venían a lomos de enormes diamodontes y sus largas y pobladas barbas y sus melenas negras resplandecían adornadas de afilados dientes.

—¡Oh, príncipe nuestro! —le dijeron a Algacel— ¿Quiénes son estos extranjeros?

—Comieron pasto de ratas. El varón servirá escasamente para el trabajo, pues es débil y orgulloso. En cuanto a ella, **la** haré mi amante, ¿acaso no veis sus finos tobillos?